

CAPÍTULO VIII

LA CRUZADA EDUCATIVA DE JOSÉ VASCONCELOS

I. LA CAMPAÑA CONTRA EL ANALFABETISMO

Al mismo tiempo que Vasconcelos llevaba adelante la campaña política para crear la Secretaría de Educación Pública, emprendió otra actividad importante: la cruzada contra el analfabetismo, iniciada en junio 20 de 1920, apoyada con gran entusiasmo por maestros, pero sobre todo por maestras (*El Universal*, julio 23 de 1920) y continuada hasta su salida de la Secretaría en 1924.

Vasconcelos lanzó un llamamiento apremiante a favor de la lucha contra el analfabetismo.

Los países en vísperas de guerra llaman al servicio público a todos los habitantes. La campaña que nos proponemos emprender es más importante que muchas guerras... El país necesita que lo eduquen para poder salvarse (BU, 1920, Epoca IV, 1 (No. 2), p. 99).

La circular No. 1 señalaba las condiciones de la cruzada: crear un cuerpo de profesores honorarios de educación elemental, formado por personas de ambos sexos que hubieran cursado como mínimo el tercer año de la primaria. La Universidad abriría un registro en el cual se inscribirían todos los habitantes del país que reunieran las condiciones establecidas en el párrafo anterior, y que desearan dedicarse a la enseñanza de la lectura y escritura, de modo voluntario y gratuito. Al hacerse la inscripción respectiva, la Universidad otorgaría un diploma en favor del inscrito que lo acreditaría como profesor numerario de educación elemental. Serían obligaciones de éste dar por lo menos una clase semanal de lectura y escritura a dos o más personas, ya en su propio domicilio ya en cualquier otro local donde fuere posible. De preferencia, esas clases se darían los domingos y días festivos por la mañana. Los profesores honorarios comenzarían, sus clases hablando sobre el aseo y dando consejos elementales sobre la higiene, la respiración, el alimento, el vestido, el ejercicio, etcétera. Poco después, Vasconcelos dirigía la misma llamada a las mujeres, en especial a las

señoras y señoritas de toda la República que no tenían trabajo fuera de sus hogares, y las invitaba a que, dentro o fuera de ellos, dedicaran algunas horas a la enseñanza de niños, hombres y mujeres.

Los profesores honorarios llevarían a sus alumnos, una vez que lo estimaran conveniente, ante los profesores e inspectores oficiales, a fin de que los examinaran y, en su caso, les expidieran certificado de saber leer y escribir. El profesor honorario que hubiera presentado a examen con éxito a más de 100 alumnos, recibiría de la Universidad Nacional de México un diploma que certificara este hecho. Además, dicha institución daría preferencia, para los empleos en todas sus dependencias, a las personas que, en igualdad de circunstancias con otros solicitantes, presentaran el diploma que acreditase que habían enseñado a leer y escribir a más de 100 alumnos. Asimismo, la Universidad procuraría que, en las demás dependencias del gobierno federal y los estados, se diera preferencia a la solicitud de empleo en favor de las personas que hubieran presentado este certificado.

En esos días, Julián Carrillo, (1875-1965) director de la Facultad de Música, que viajaba por el interior del país, averiguó hasta qué grado los estados habían apreciado la importancia de la campaña contra el analfabetismo, y notó con pena que la mayoría de los ciudadanos no había tomado en cuenta un asunto de tamaña trascendencia.

En consecuencia, Carrillo proponía a Vasconcelos: primero, dirigir una serie de oficios a todos los periódicos de la República, con la invitación para hacer propaganda en favor de la campaña; segundo, comisionar a un ciudadano en cada una de las manzanas de las ciudades, villas, aldeas y pueblos, a fungir de director de manzana, y así poder seleccionar a los profesores honorarios; tercero, recomendar que los jefes de manzana fueran los ciudadanos más caracterizados y que el gobernador mismo lo fuera de su respectiva manzana; cuarto, extender nombramientos universitarios a todos los directores o jefes de manzana y quinto, autorizar que en cada manzana, cuando ya no hubiere más analfabetos, el jefe de la misma levantara una bandera blanca (*BU*, 1920, *Epoca IV, 1* (No. 2), p. 60).

Vasconcelos autorizó inmediatamente la realización del plan, y se proponía, al mismo tiempo, fomentar el sentimiento nacionalista. Para este fin, Julián Carrillo convocó, con la aprobación de Vasconcelos, a un concurso de producción de libretos de ópera “sobre temas mexicanos inspirados en la historia antigua, la leyenda, la mitología o las costumbres nacionales”. Por otra parte, Vasconcelos aprovechó la coyuntura de la celebración del centésimo décimo aniversario de la consumación de la Independencia para alentar el espíritu nacionalista y organizó un acto de jura de la bandera, el primero que se celebraba desde 1910, con 15 000 niños que entonaron, en septiembre 14 de 1920, el Himno Nacional acompañados por tres bandas de 600 ejecutantes y dirigidos por Julián Carrillo. El texto del juramento es particularmente significativo:

¡Bandera! ¡Bandera tricolor! ¡Bandera de México! Te ofrecemos con toda el alma procurar la unión y concordia entre nuestros hermanos los mexicanos, luchar hasta destruir el analfabetismo y estar siempre unidos en torno tuyo, como símbolo que eres de la patria, para que México obtenga perpetuamente la libertad y la victoria (*BU*, 1920, Epoca IV, I (No. 1), p. 82; I (No. 2), p. 97).

Dos preocupaciones fundamentales de Vasconcelos saltan a la vista en este juramento: la búsqueda de unidad, antecedente necesario de la identidad nacional, y la promesa de luchar sin descanso contra el analfabetismo. Para lograr estos objetivos recurrió a la fundación de un Instituto Etnográfico Indígena que, según el acuerdo de la Universidad, tendría por objeto fomentar las artes indígenas, para que sus autores quisieran servir con éstas a las industrias nacionales, de manera propia (*El Universal*, octubre 2 de 1920).

En noviembre 11 de 1920 Vasconcelos publicó la circular No. 5 (*BU*, 1920, Epoca IV, I (No. 3), pp. 23-25), la cual refería que, en los cuatro meses de establecido el cuerpo de profesores honorarios, se habían inscrito más de 1 500 profesores y 10 000 estudiantes. Insistía en que era necesario esforzarse todavía más, para meditar en el espectáculo de México “reducido a la pobreza y a la ignorancia y teniendo que vivir en competencia diaria con países ricos e ilustrados” (*El Universal*, noviembre 12 de 1920). Al siguiente año, *El Universal* (abril, 14 de 1921) reportaba que, en vista de las alarmantes condiciones de la instrucción en el país, y ante el espectáculo de que el número de analfabetos crecía en vez de disminuir, se decidió a dar un vigoroso impulso a la campaña contra la ignorancia. Se instalaron escuelas rudimentarias en la capital y en las municipalidades y, en vista de la escasez de edificios, se contrató la construcción de 500 tiendas de campaña, que se colocarían en todas las plazas, jardines y barrios populosos. En dichas tiendas se establecerían las escuelas con muebles adecuados y sólidos, se instalaría alumbrado y se daría entrada a todo el que quisiera aprender a leer y escribir. Habría tres cursos: uno en la mañana, otro en la tarde y el último en la noche. La duración de cada periodo sería de tres meses, al cabo del cual se extendería un diploma al alumno que hubiera concurrido con puntualidad y aprovechado en sus estudios.

Vasconcelos describía en su vivido estilo la cruzada de alfabetización:

El departamento de desanalfabetización, auxiliado por el cuerpo innumerable de los maestros honorarios, extendió sus actividades por todo el país. Eulalia Guzmán, su directora entusiasta y competente, había creado brigadas. Se trataba de un servicio de emergencia patriótica —les habíamos dicho— y había que proceder como en vísperas de guerra o frente a una calamidad como la peste. Peste es la ignorancia que enferma el alma de las masas. La mejor acción de patriotismo consiste en que enseñe a leer, todo el que sabe, y

se dieron clases privadas en que las amas de casa reunían a los criados propios y a los vecinos para enseñarles a leer (Vasconcelos, 1957, *ED*, pp. 1326-1327).

Al crearse la SEP, la campaña alfabetizadora pasó a ser una división auxiliar de aquélla, primero bajo la dirección de Abraham Arellano, y después, de Eulalia Guzmán. Vasconcelos no se contentó con los maestros honorarios adultos y ordenó poco después formar un ejército infantil. Esta unidad de la cruzada, iniciada en febrero de 1922 por Abraham Arellano, estaba formada por niños, alumnos del cuarto, quinto y sexto grados de escuelas públicas y privadas. Los niños que enseñaban a cinco analfabetos a leer y a escribir recibían un diploma que los reconocía como buenos mexicanos, obtenían preferencia en labores dependientes de la Secretaría de Educación y, si solicitaban admisión en la secundaria o en escuelas profesionales dependientes de la Secretaría, tenían preferencia por sus servicios de alfabetización. Los maestros que pudiesen presentar a 20 de sus estudiantes como miembros aprovechados del ejército infantil recibirían también el diploma arriba mencionado y reconocimiento de sus logros en el registro personal (*BSEP*, 1922, 1 (No. 1) (mayo), pp. 83-85).

Además del ejército de los maestros honorarios, la oficina de alfabetización estableció centros y escuelas con maestros a sueldo. Dos tipos de instituciones existían en el Distrito Federal con personal a sueldo: centros culturales diurnos y nocturnos. Estos últimos estaban situados en las secciones pobres de la capital, pobladas principalmente por obreros. Los centros ofrecían dos tipos de instrucción: el primero, consistente en lectura básica, escritura y aritmética para los analfabetos, y el segundo, para estudiantes provistos ya de ciertos conocimientos rudimentarios que podrían aventajar en el dominio de estas actividades (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), pp. 629-630).

A semejanza de los centros nocturnos de alfabetización del Distrito Federal, se establecieron otros en los estados. En estos últimos, los maestros de las escuelas rurales de la Secretaría impartían la instrucción y empleaban una hora cada día en enseñar a los adultos iletrados y a los niños. En mayo 23 de 1923, había 99 de estos centros con 4 804 estudiantes (*BSEP*, 1923, 1 (No. 4) (septiembre), p. 459). En cambio, los centros nocturnos habían alfabetizado a 8 617 individuos.

Eulalia Guzmán, quien sucedió a Arellano en la dirección, comenta que la campaña literaria dejaba mucho que desear en este aspecto (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923-primer semestre de 1924), p.633). En primer lugar, por la tenaz resistencia de los iletrados para asistir a la escuela; de otra parte, por el crecido interés de los maestros en las ganancias materiales más que en el desempeño de su tarea, la cual incluía dar a conocer los beneficios del alfabetismo entre los iletrados. Los centros nocturnos de alfabetización disminuyeron de 65 en diciembre de 1923, a 43 en febrero de 1924. Las causas pudieron haber sido las seña-

ladas anteriormente o simplemente reducción del presupuesto por la rebelión de De la Huerta contra el régimen de Obregón.

Vasconcelos trató de compensar, con los centros diurnos de cultura, la carencia de un sistema de salud pública y de asistencia social en las áreas más populosas y pobres de la Ciudad de México. Estos eran no sólo un lugar destinado a impartir conocimientos sino un medio para promover el bienestar socioeconómico y también la salud de la comunidad y de los niños (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923-primer semestre de 1924), pp. 629-630 y 686).

La instrucción en artes manuales y agricultura proveía a los estudiantes de medios para ganarse la vida. Característica de estos centros fue el estudio de la comunidad. El aula dominada por el maestro quedó reemplazada por cooperativas de los estudiantes, que se comprometían a sí mismos a dirigir el grupo, vender los productos de la escuela y, también, realizar proyectos de servicios a la comunidad. A los maestros se les concedía libertad para planear las actividades escolares, en armonía con el principio de que cada centro diurno debería funcionar de acuerdo a las necesidades y características de la comunidad (*Excelsior*, febrero 11 de 1924; *BSEP*, 1923, 1 (No. 4) (septiembre), pp. 454-466).

Uno de los centros de esta campaña fue la Escuela de la Casa del Obrero de la Colonia de la Bolsa, una de las más miserables del México de aquella época. *El Universal* (marzo 1° de 1921) reportaba la pestilencia de la zona debido a las pésimas condiciones higiénicas y a la suciedad que todo lo invadía y obligaba a los transeúntes a apretarse las narices. Los niños de la colonia eran tan incivilizados que apedreaban a los visitantes. La región era temida por ser guarida de asesinos profesionales (*Excelsior*, febrero 7 y 13 de 1923). La Casa del Obrero fue uno de los primeros centros en responder al llamado de la Universidad Nacional de México para combatir el analfabetismo. Consiguió aquélla que se inscribieran en una semana 400 alumnos a los que dotó de todos los útiles necesarios para sus tareas (*El Universal*, marzo 1° de 1921). El éxito de la escuela de la Colonia de la Bolsa, llamada más tarde escuela Francisco I. Madero, se debió fundamentalmente al entusiasmo de un generoso maestro, Arturo Oropeza, y 10 estudiantes surcalifornianos quienes, en busca de una manera adecuada de celebrar el primer centenario de la consumación de la Independencia, decidieron fundar en esa barriada un centro de alfabetización y preparar a un grupo de personas humildes para que pudieran leer, por vez primera, “ante el altar de la patria como ofrenda de cooperación y amor” (Fuentes Díaz y Morales, 1969, p. 352).

Oropeza y sus colaboradores lograron pronto ser maestros honorarios de la campaña contra el analfabetismo, y se les proporcionaron a ellos útiles y libros y, además, se les instaló luz eléctrica para que pudieran proseguir sus labores durante la noche (*El Demócrata*, agosto 20 de 1921).

La escuela de la Colonia de la Bolsa, iniciada casi como un juego, logró

identificarse de tal modo con la comunidad que se convirtió, además, en centro de vacunación y profilaxis, y ahí mismo se instaló un departamento de salud (*El Demócrata*, agosto 20 de 1921). Los sábados y domingos se proyectaban películas cómicas y serias. La escuela prestaba libros, incluida la revista pedagógica *El Maestro*, a los residentes del área y dejaba abierto el salón de lectura hasta las 22 horas (*Excélsior*, febrero 13 de 1922). Poco después del inicio de actividades de la escuela, la SEP convocó a los padres de los estudiantes y les informó que no se podía educar a sus hijos mientras vivieran en tal estado de suciedad. Se les dijo también que deberían limpiar su colonia, pues el ayuntamiento carecía de medios para hacerlo. La SEP invitó a los residentes a formar cuadrillas que barrieran las calles del área los sábados por la tarde. Se obtuvo una entusiasta respuesta de parte de los adultos y los niños, quienes en esa forma libraron de la basura a la Colonia de la Bolsa (*BSEP*, 1922, 1 (No. 1) (mayo), p. 102; *Excélsior*, septiembre, 3 de 1922).

La escuela Francisco I. Madero tenía en 1923 una matrícula de 300 niños en las clases diurnas y más de 900 obreros en las nocturnas. Su éxito debe juzgarse no sólo por su matrícula sino por la transformación que efectuó en la Colonia de la Bolsa, una de las más sucias y donde proliferaban los vicios. La escuela se convirtió en el centro cultural y educativo para niños y adultos de la vecindad (*Excélsior*, febrero 7 de 1923). El impacto benéfico del centro se debía no sólo a la ayuda material y pecuniaria de la Secretaría de Educación sino sobre todo al apoyo entusiasta de José Vasconcelos, Roberto Medellín y Elena Torres. Los dos últimos visitaban la escuela en forma regular. Arturo Oropeza, el director, poseía habilidad admirable para comprender las necesidades de la comunidad y motivarla hacia su propio progreso. La dedicación de los maestros, unos 12 en 1922, se manifestaba en el hecho de vivir en cuartos improvisados del edificio de la escuela y estar al servicio de ella día y noche. La SEP dio al director y a los maestros plena libertad para planear las actividades del centro. Ciertamente, las comidas servidas a los niños y el trato amable que éstos recibían de los maestros eran incentivos para la buena conducta. Vasconcelos y sus colaboradores, al emplear en la Escuela Francisco I. Madero el principio de mejorar la suerte educativa, económica y moral de los niños y de los adultos de la comunidad, fueron los iniciadores en México de la educación fundamental.

Vasconcelos consideró que el papel de la SEP en la campaña de alfabetización era de catalizador: pagar a los maestros de los centros culturales diurnos y nocturnos, hacer propaganda de la campaña en diarios, circulares y películas, y proporcionar a las escuelas, maestros y niños los útiles escolares necesarios: gises, pizarrones, plumas, etcétera.

En 1924 (*Excélsior*, febrero 11 de 1924) se hablaba aún de que se habían creado ocho centros de educación y cultura social en las barriadas más populosas y necesitadas de la capital. Se alentaría la formación de

grupos de deportistas, de cooperativas, cría de animales, pequeñas industrias y aun “exploradores”.

A pesar de la escasa cosecha que levantó la cruzada de alfabetización —apenas hizo mella en el inmenso número de analfabetos—, la campaña cobró una resonancia especial, primero, por ser un ingenioso invento para combatir la ignorancia; segundo, por suscitar un cambio de actitud en muchos de los ciudadanos, al interesarlos en los que no sabían nada, actitud contraria al espíritu individualista, distintivo del porfiriato y, tercero, por adoptar la solución gratuita de combatir la ignorancia por medio de los maestros honorarios.

Los defectos de la cruzada alfabetizadora nacieron de su misma condición de ensayo y error, como lo reportaba Eulalia Guzmán a fines de 1923 (*BSEP*, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), p. 633). Por otra parte, no existía experiencia previa alguna para combatir la ignorancia a escala nacional. Las deficiencias de la campaña nacían de que el tiempo de servicio de los maestros honorarios era a menudo breve. Eulalia Guzmán informó en su reporte de mayo 23 de 1923 que de 6 341 maestros honorarios registrados en lista, sólo 1 000 trabajaban de hecho en la cruzada contra el analfabetismo. Reportó un número más bajo todavía, en octubre 31 del mismo año, al indicar que, sólo 501 de 5 518 se dedicaban a alfabetizar. La brevedad del trabajo de los profesores honorarios se explica por los obstáculos con que tropezaban: algunos analfabetos no se percataban de los beneficios prácticos de aprender a leer y escribir, y se resistían a hacerlo debido a la apatía o la preferencia por hacer otra cosa, en vez de adquirir habilidades tan indispensables. Los defectos principales de la campaña alfabetizadora provenían de la poca atención a la pedagogía y de la persuasión de Vasconcelos, quien opinaba que un conocimiento rudimentario y el deseo de enseñar bastaban para convertir a cualquiera en maestro. Desgraciadamente, no se entrenó a los maestros, y tal vez este descuido influyó en el poco éxito de la campaña.

Para volver a encender el entusiasmo por la campaña, se efectuó, a fines de 1923, una gran manifestación “pro alfabeto” compuesta por los siguientes grupos: profesores honorarios, niños de las escuelas primarias que formaban parte del ejército infantil; estudiantes de escuelas secundarias y universitarias; profesores honorarios; gremios de obreros que cooperaban con la dirección de la campaña contra el analfabetismo; asociaciones femeniles que la apoyaban; alumnos en trance de alfabetizarse en los centros de la campaña; y profesoras que servían en la campaña (*El Heraldo de México*, septiembre 22 de 1923; *BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), pp. 644-645).

En ese entonces, sobrevino por desgracia un corte en el presupuesto de la SEP. Se le asignaron 35 millones de pesos y Vasconcelos se quejaba de que no alcanzaban para los gastos. La campaña recibió un golpe mortal.

Las cifras existentes sobre la campaña de alfabetismo son: 1 726 profe-

sores honorarios en 1920; 928 en 1921; 1 913 en 1922; y 522 en 1924.

Por otro lado, Eulalia Guzmán proporciona cifras globales: alfabetizados por profesores honorarios, 14 156; por grupos estudiantiles, 4 755; por ejército infantil, 5 445; y, si se añaden 8 362 de los centros de alfabetización, se tendría un total de 32 718.

En 1924, el ejército infantil de 1 199 niños maestros alfabetizó a 2 179; los maestros honorarios a 5 180; y el total (no se sabe de dónde sale) fue [sic] de 15 937 alfabetizados (*BSEP*, 1924, 3 (No. 7) (segundo semestre de 1924), p. 89).

Todavía ese año (*Excélsior*, enero 23 de 1924) se anunciaba que iba a intensificarse la campaña de alfabetización con la creación de siete centros de educación y culturales en barriadas pobres.

2. DESAYUNOS ESCOLARES

Roberto Medellín, director entonces de educación técnica en el Distrito Federal, informó en abril de 1921 a Vasconcelos que, al visitar las escuelas, había observado a numerosos estudiantes con síntomas de extrema debilidad por desnutrición, al grado de desmayarse por asistir a clase sin haber comido. Medellín notaba que muchos niños de familias pobres, deseosos de educarse para mejorar su posición económica, comían, de ordinario, sólo una vez al día. Era imposible, por tanto, que pudiesen prestar debida atención a los cursos ni aprovechar la enseñanza en ninguna forma.

Vasconcelos que, a fuer de auténtico revolucionario, se preocupaba por el bienestar de las masas, se conmovió profundamente por la suerte de estos niños y empezó a pensar la forma de socorrerlos. Para lograrlo, convocó (abril 15 de 1921) al personal de la Universidad y a los maestros de las escuelas públicas bajo su jurisdicción. Vasconcelos se propuso imitar el ejemplo del licenciado Ezequiel A. Chávez, quien, durante el régimen maderista, lanzó la idea de servir desayunos escolares (Hernández Luna, 1981, pp. 99-103; *BSEP*, 1922, 1 (No. 1) (mayo) p. 111; 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), p. 136). Mas como el gobierno debía subvenir a un sinnúmero de necesidades urgentes, el rector juzgó que la iniciativa privada era la indicada para resolver el problema. Y a fin de que el departamento educativo de la nación precediera con el ejemplo, invitó a todo el personal a donar un porcentaje adecuado de su sueldo para este programa.

La respuesta del personal fue en extremo generosa, y se procedió en seguida a hacer los descuentos convenidos (*El Movimiento...* 1922, pp. 379-383).

El rector sugirió al personal de la Universidad elegir una comisión para proyectar y administrar la distribución de los desayunos escolares. Roberto Medellín, como presidente, y Elena Torres y Joaquín Balcárcel, como miem-

bro de la comisión de desayunos escolares, resultaron elegidos. Los desayunos consistían de 300 gramos de café con leche y 80 gramos de pan. El programa se inauguró en la Escuela Miguel Lerdo de Tejada, en mayo 9, con 50 alumnos pobres del establecimiento. En el curso del mes se distribuyeron desayunos en otras instituciones y éstos llegaron a ser 10 000, con un costo total de \$1 701.48.

Vasconcelos había presentado su proyecto con la secreta esperanza de que, una vez iniciado el servicio con ayuda particular, las Cámaras se verían obligadas a continuarlo con un presupuesto adecuado. No se equivocó, y la asignación de fondos federales permitió una notable expansión del programa que llegó a distribuir 20 000 desayunos en 1922. Las instituciones favorecidas eran varias decenas de la capital y alrededores (*BSEP*, 1922, I (No. 1) (mayo), p. 114; 1923, I (No. 3) (enero), p. 497).

La distribución de los desayunos escolares reveló a Vasconcelos y a sus colaboradores el extremo de pobreza de muchos niños. Algunas familias residentes en Ixtapalapa e Ixtacalco subsistían con raíces de cebolla, zanahorias descompuestas y desperdicios por el estilo (*Excelsior*, enero 18 de 1922).

Prácticas reprotables empezaron a manifestarse entre los favorecidos con los desayunos escolares. Algunos de los chicos robaban a sus compañeros las raciones; otros derramaban la leche y el café en las mesas y se metían en la boca enormes trozos de pan. Los miembros de la comisión y los ayudantes de las respectivas escuelas, al observar esta conducta y la falta de limpieza de los estudiantes, empezaron a instruirlos en prácticas higiénicas y en buenas maneras.

Se presentó también otro tipo de problemas: algunos niños de la Escuela Francisco I. Madero, donde 576 de los 700 estudiantes recibían el desayuno escolar, se avergonzaban de aceptarlo. Los encargados de distribuir los desayunos manifestaron a aquéllos que la pobreza de sus padres no era motivo de vergüenza. Por otra parte, se les dio a los niños oportunidad de ganarse el alimento con su ayuda en tareas de limpieza de la escuela y cultivo del jardín contiguo.

En medio de este ambiente de generosidad, no faltó una minoría insignificante de maestros opuestos a donar parte de su sueldo para este servicio, como lo hacía la mayoría de los maestros. Tales individuos cicateros decían a los niños pobres: “Deberían avergonzarse de tomar este desayuno, comprado con el dinero del pan de los hijos de los maestros”. La comisión recomendó a estos maestros, por sugerencia de Vasconcelos, que no regañaran a los niños en forma tan injusta. La práctica cesó al poco tiempo.

Las observaciones de la comisión y los informes de los encargados revelaron que la distribución de desayunos escolares beneficiaba académica, social y físicamente a los alumnos pobres. Podían prestar mejor atención a sus estudios, asistían más regularmente a clases y empleaban maneras corteses junto con grado aceptable de limpieza (*El Movimiento...1922*, pp. 512, 516 y 518).

Vasconcelos reconoció, al lanzar la campaña de los desayunos escolares, que la escuela debía compensar las deficiencias físicas y sociales que afectaban el aprendizaje de los menos afortunados. Merece, pues, por este concepto, que se le considere un iniciador en educación fundamental y en la educación de los marginados en México (Partin, 1973, p. 438).

3. LA LABOR EDUCATIVA A TRAVÉS DE SU PRIMER ELEMENTO:

3.1 *Los maestros ambulantes*

El desarrollo de la educación en México había sido, hasta 1911, eminentemente urbano. La escuela mexicana de las ciudades —primaria y preparatoria— poco tenía que envidiar a sus congéneres de otras regiones del mundo. Pero la población del país era predominante agraria, y un 68.95% de ella vivía en el campo, separado por altas y caprichosas cordilleras, carente de caminos y aislado del resto del país. El conjunto de pueblos, aldeas y villorrios constaba de una mayoría indígena, numerosos mestizos y algunos blancos. Por otra parte, la explotación que los indígenas habían sufrido a manos de los blancos impulsaba a aquéllos a aislarse aún más de criollos y mestizos, y a mirar con desdén su modo de vida y su progreso.

A propósito de los orígenes de la educación pública y, en concreto, de la rural, dice Vasconcelos:

La educación pública como esfuerzo organizado y sistemático se inicia en el continente americano con el trabajo de los misioneros católicos. La orden franciscana, pura de vigor y de fe; la orden dominicana, todavía no manchada de intransigencia; la orden jesuítica, más tarde y en una época en que todavía la sed de dominación no la perdía; he ahí a los precursores de todo lo que entre nosotros es cultura (Vasconcelos, 1958, *IN*, p. 1237). Lo cierto es que la expulsión de los jesuitas marca el término de la labor misionera y que esa labor no fue jamás reemplazada. El clero secular, en general, no merece elogios en sus relaciones con los indios. La administración española, por su parte, mal podía preocuparse de dotar de escuelas a las colonias cuando no las tenía a disposición del pueblo de la metrópoli (Vasconcelos, 1958, *IN*, p. 1235).

Algunas voces se habían levantado, ciertamente, en pro de la educación de los indígenas, entre las cuales se destacan las de Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Abraham Castellanos, Agustín Aragón, Justo Sierra, Alberto Correa, Francisco Belmar, y el Primer, Segundo y Tercer Congresos Católicos sobre Cuestiones Sociales, de 1903 y 1904 (Adame, 1980, pp. 189-191). Vera Estañol había propuesto en 1911, y luego, con acentos de urgencia, en 1913, el proyecto de las escuelas rudimentarias, el único presentado hasta entonces para instruir a la población rural mexicana a fin

de incorporarla al seno de la patria. Así llegamos a 1920. El panorama que se extendía ante Vasconcelos en los momentos de su nombramiento era desolador. Había que empezar prácticamente desde cero, pues el proyecto de las escuelas rudimentarias había fracasado, según Arellano, por diversos factores: estrechez económica de los campesinos; su apatía e indolencia respecto de la propia conveniencia; el trabajo de los niños en la siembra, cosecha y cuidado de los animales; el poco atractivo de la escuela, más parecida a un cuartel o una prisión; la condición de los maestros, desconocedores del medio (*BU*, 1921, Epoca IV, 3 (No. 6) (agosto), pp. 330-331).

¿Por dónde comenzar entonces? El tiempo era corto $\frac{3}{4}$ cuatro años $\frac{3}{4}$ contra un abandono de siglos; los recursos materiales exiguos, sobre todo después de una revolución que había consumido el erario nacional; los recursos humanos requerían preparación en escuelas normales —dos años al menos— y sumas considerables de dinero para edificios, equipo y su mantenimiento. El rector se preguntaba cuál sería el sistema de educación que pudiera instruir más rápida y eficazmente a las masas y concluyó: el que proporcionara a los maestros una capacitación rápida y económica para impartir los rudimentos de la vida civilizada a la inmensa multitud rural. Y así nacieron, primero, los maestros ambulantes, y luego, las misiones culturales.

Alberto Correa había sugerido la idea de maestros ambulantes desde los Congresos de Instrucción (1889) (Meneses, 1983, p. 392). Vasconcelos la adoptó y la adaptó, con las cualidades recomendadas por Abraham Arellano en carta de agosto 8 de 1921 (*BU*, 1921, Epoca IV, 3 (No. 6) (agosto), pp. 329-330): despertar el interés de la población rural y la conciencia de sus necesidades; ser un buen conferencista; relacionarse bien con los maestros rurales y administrar diligentemente los materiales escolares (*BU*, 1921, Epoca IV, 3 (No. 6) (agosto), pp. 335-339).

El programa general era el siguiente:

Enseñanza de la escritura y lectura

Enseñanza de la numeración

Pláticas de historia y civismo, higiene y alimentación.

Conversaciones sobre geografía patria y pláticas sociales

(*BU*, 1921, Epoca IV, 3 (No. 6) (agosto), pp. 333-339).

Vasconcelos volvió entonces sus ojos al pasado, y encontró en los misioneros la inspiración y el modelo de la tarea que se necesitaba.

La inspiración para la enseñanza de los indios nos vino, como era natural, de la tradición española. Por haberla negado, olvidado, nada logró la República en su siglo de vida independiente. También nos sirvió la tradición de apoyo en contra de la doctrina que ha estado permeando a los maestros de México, llevándolos a la imitación del sistema norteamericano de abordar el problema indígena [...] (Vasconcelos, 1957, *ED*, p. 1328).

Y más adelante

[...] no se nos escapaba que en ningún caso podríamos realizar labor tan eficaz como la de los misioneros españoles porque para ello nos faltaba el personal adecuado. Por competentes que sean los maestros normalistas modernos, cada uno de ellos tiene encima el peso de montaña de una familia. El obstáculo de todo apostolado. La fuerza del misionero consistió en que, libre de mujer, hijos y parientes, se formaba la familia espiritual entre los mismos que civilizaba y salvaba [...](Vasconcelos, 1957, *ED*, p. 1329).

Por eso, dice Carrión (1928, p. 30):

Sin pedagogías odiosas que requieren palabras extrañas para aparentar grandeza, el civilizador mexicano, inspirándose en Pedro de Gante y Vasco de Quiroga, resucitó la concepción educadora integralista inmensa y fecunda de los misioneros españoles: la escuela fue la casa, el huerto y el taller.

El plan de trabajo del maestro ambulante, egresado de una escuela normal, consistía en convertir una aldea bien situada en centro de operaciones y alistar a los estudiantes de la región (los maestros rurales) a quienes entrenaba para hacerse cargo de las escuelas rurales. Estos deberían tener un mínimo de educación de cuarto año de primaria, ser diestros en alguna habilidad manual, carecer de prejuicios sociales y tener entusiasmo por enseñar a los campesinos. Su educación se haría en tres meses y, si fuera necesario, se prolongaría (*La educación pública en México...* 1922, p. 56).

Los primeros maestros ambulantes fueron enviados a trabajar al campo en noviembre de 1921 (*El Nacional* [suplemento especial], abril 30 de 1948) y, al fin del año, eran 77 maestros ambulantes y 100 rurales.

Los maestros rurales vivían cerca del maestro ambulante, quien vigilaba sus hábitos higiénicos: bañarse, cuidar los dientes y, sobre todo, practicar la moral, aspectos que deberían subrayarse para fomentarlos en la comunidad, particularmente, por la abstención del pulque (*La educación pública en México*, 1922, p. 56). El maestro ambulante enseñaba también agricultura a los futuros maestros y a los miembros de las comunidades circunvecinas. La tarea de los maestros ambulantes no era, propiamente hablando, entrenar maestros, sino alistarlos donde los encontrarán, mejorar su preparación y lanzarlos a trabajar. La demanda educativa era tan imperiosa que no se podía esperar un programa elaborado por una normal. El entrenamiento que se daba a los maestros rurales se parecía más bien al tipo de entrenamiento-en-servicio. El maestro ambulante trabajaba al lado del maestro

rural, observaba sus métodos, discutía sus problemas y lo dirigía de acuerdo con los lineamientos de la SEP (Delmez, 1949, pp. 121 -122).

Vasconcelos no perdía de vista, en la campaña de la educación rural, a los antiguos misioneros:

Lo menos que se puede decir del sistema educativo de los misioneros es que constituyó un esfuerzo cabal. No vinieron a enseñar a leer y a escribir, ni vinieron a propagar un idioma, ni solamente una fe religiosa. La acción de estos maestros en el arte de educar abarcó todo lo ya mencionado y, todavía más, fue una acción social cuya trascendencia perdura (Vasconcelos, 1958, *IN*, p. 1231).

El maestro ambulante, además de preparar maestros, debía establecer escuelas; donde sus propios alumnos enseñarían a su vez.

La SEP no tendría que preocuparse de los fondos para la construcción de escuelas. Tarea era del maestro ambulante despertar el interés de las comunidades locales para reunir el material y conseguir los elementos para construir la escuela. Los beneficios obtenidos de la agricultura e higiene servirían para interesar al pueblo en los medios para mejorar su futuro y el de la tierra. Las primeras escuelas eran viejas iglesias, edificios abandonados o simplemente “jacales” improvisados. En 1923, gracias a los esfuerzos de los maestros ambulantes, se fundó la Casa del Pueblo (*El esfuerzo educativo...* 1922, p. 11).

Una vez que la zona contaba con maestros rurales y su escuela, el maestro ambulante la visitaría y la supervisaría, no en el plan de espía, sino de asesor que ofrece críticas constructivas y amistosas, aliento y respeto por los maestros rurales de la localidad (*BSEP*, 1923, 1 (No. 4) (septiembre), pp. 401-402).

Se pedía también al maestro ambulante —una de sus primeras tareas— levantar estadísticas completas de la zona: consignar el número de habitantes; el clima, los recursos naturales, los medios de transporte y las artesanías producidas por la población indígena; el nombre e idioma de las tribus; el número de los ladinos; la existencia o carencia de escuela; y el número de la población escolar. El maestro ambulante entregaría al Departamento de Cultura Indígena un reporte mensual de sus actividades (*BU*, 1921, Epoca IV, 3 (No. 6) (agosto), pp. 340-343).

Tarea igualmente importante del maestro ambulante era el alistar a miembros ilustrados de la comunidad como maestros honorarios en la campaña alfabetizadora. El último capítulo de sus deberes consistía en administrar los exámenes finales en la escuela de su distrito (*Excelsior*, diciembre 26 de 1923).

Las cualidades de estos maestros —mejor pagados que los maestros urbanos— deberían ser sobresalientes. Se prefería a los conocedores de

idiomas nativos de la región y también de sus condiciones socioeconómicas (Vasconcelos, 1957, *ED*, p. 1330). La cualidad más importante era su capacidad de entrega y olvido propio, pues sin ésta, aun los mejores preparados técnicamente hablando, fracasarían. Los maestros ambulantes eran instructores, entrenadores de otros maestros, supervisores, administradores y promotores del progreso de la comunidad. La imagen del misionero colonial no desaparecía de la mente de Vasconcelos y así exigía en sus maestros el fervor apostólico que permitió a aquéllos, a pesar de no tener un centavo en el bolsillo, establecer después de algunos años de trabajo campos de labranza, templos y tiendas (Vasconcelos, 1957, *ED*, p. 1288).

Como no era posible llegar a todas las aldeas desde el principio, una meta era establecer la Casa del Pueblo —nombre de la escuela rural— en localidades donde la población nativa excedía el 60% y no había escuela (*BSEP*, 1922, *I* (No. 2) (septiembre), p. 274).

El maestro rural cuyo entrenamiento había terminado, se hacía cargo de la Casa del Pueblo en la aldea cercana. El currículo de aquella comprendía leer, escribir, contar, educación agrícola, doméstica y técnica, higiene, moral y educación física (*BSEP*, 1923, *I* (No. 4) (septiembre), p. 397).¹

El plan de Vasconcelos para el entrenamiento de maestros rurales tenía varias fallas. Se insistió en que el maestro ambulante fuera un buen maestro y hábil expositor sin establecer un procedimiento para evaluar estas destrezas. Además, se esperaba que los maestros ambulantes, egresados de las normales urbanas, enseñaran agricultura e higiene relacionadas con el campo, desprovistos como estaban de preparación técnica o práctica en ese aspecto. Vasconcelos ordenaba a sus misioneros enseñar a los maestros rurales a instruir a sus propios alumnos en la misma forma en que se les enseñaba a aquéllos, sin percatarse de que, ocupado el estudiante en adquirir el dominio de un contenido, encontraría difícil atender a las técnicas pedagógicas de los instructores. Olvidaba también Vasconcelos que los maestros rurales no habían asistido a ningún curso de metodología o teoría educativa que los habilitara para discernir los principios pedagógicos específicos (Partin, 1973, p. 357).

¿Cuál teoría de enseñanza-aprendizaje seguían los maestros ambulantes? La de aprender haciendo e instruir en relación con el ambiente del alumno. En las propias palabras de Vasconcelos:

Se nos preguntaba algunas veces que si el sistema escolar de la educación por el trabajo nos había sido inspirado por Alemania o por Boston y yo a menudo contestaba que me inspiraba en Xochimilco. En efecto, los graves libros de juguetes manuales que entonces estaban en boga entre algunos pedagogos no daban el germen de una sola industria fecunda y eran como juegos para niños bien, en tanto que las escuelas de Vasco de

¹ Véase el currículo en *BSEP*, 1922, *I* (No. 2) (septiembre), pp. 165-171.

Quiroga, fundadas hace cuatrocientos años en Michoacán, enseñaron industrias de las cuales todavía viven los indios (Vasconcelos, 1958, *IN*, p. 1233).

Este método se empleó mucho antes de la llegada de Moisés Sáenz y Rafael Ramírez a la SEP. Vasconcelos, Arellano, Lauro Caloca y Enrique Corona conocían el fracaso de la educación verbalista de la escuela rudimentaria,² confinada al aula y ajena al medio de los niños del campo. Por el contrario, el éxito de la escuela colonial de Pedro de Gante y Vasco de Quiroga estribó en la enseñanza de la agricultura y de las artesanías para ganarse la vida. La experiencia de los misioneros coincidió plenamente con el punto de vista del secretario: la enseñanza de los campesinos sería eficaz sólo si les comunicaban las destrezas que los capacitarían para aumentar su poder de compra y, por tanto, mejorar su condición de vida. Al mismo tiempo, Vasconcelos era consciente de que la diferencia de tribus indígenas y climas en las diversas regiones de la República exigía que los programas escolares se adaptaran a las condiciones locales. Por tanto, la SEP delineaba el programa en lo general, y el maestro rural, el misionero, llenaba los pormenores de acuerdo con las necesidades particulares (Vasconcelos, 1958, *IN*, pp. 1246-1247).

Las características de la Casa del Pueblo debían ser observación y experimentación. La agricultura incluía sólo el estudio de las plantas regionales y el método para mejorar su desarrollo y cosecha. No se estudiaba el cultivo de la caña de azúcar en un clima frío ni se enseñaba la cría de ganado en regiones desérticas. Se evitaba llenar el cerebro de los niños con nociones inútiles para ellos. La tendencia era ofrecerles conocimientos que mejoraran la producción y la calidad de ésta en el jardín de la escuela y en los campos de labranza de su aldea. La agricultura era el eje en cuyo derredor todo lo demás giraba. Las matemáticas se requerían para calcular la extensión de tierra que un rancho araría en un día o el costo de transportar la cosecha a la hacienda. Las disciplinas quedaban así estrechamente enlazadas con las actividades diarias del campesino. La escritura era necesaria para iniciar la correspondencia comercial y comunicarse tópicos de mutuo interés local (*BSEP*, 1923, *I* (No. 4) (septiembre), pp. 415-427 y 428).

La SEP dispuso que cada escuela rural tuviera anexo un jardín, cuyo cultivo estaba al cuidado de los estudiantes bajo la dirección del maestro, y un corral para criar animales domésticos- caballos, burros, vacas y también pájaros.

Los maestros debían organizar visitas con sus alumnos a los ranchos circunvecinos para observar nuevas formas de levantar la cosecha y de

² Castellanos insistió en encontrar una pedagogía para educar a los indígenas. Véase Meneses, 1985, pp. 574-576.

criar animales. Los estudiantes aprendían también la germinación de las semillas por selección de las mejores del área, colocándolas en el germinador de la escuela y llevando un registro de los resultados de cada muestra y, finalmente, con la descripción de cada nueva planta. No se olvidaban las visitas a las industrias locales y artesanías, como curtidurías, plantas jaboneras, etcétera (*Excélsior*, febrero 15 de 1923).

Otra tarea importante del maestro rural consistía en organizar a sus alumnos en una cooperativa. El maestro conseguía, por un lado, gracias a sus relaciones en la comunidad, fondos para formar la cooperativa cuya mesa directiva, compuesta de representantes elegidos por los estudiantes, obtenía al mayoreo productos necesarios para los alumnos, por otro, podía realizar grandes empresas mediante la unión de los esfuerzos de muchos, encaminados a un objetivo común: percatarse de que la vida no era llevadera, si vivían aislados de los demás (*BSEP*, 1923, I (No. 4) (septiembre), pp. 429-435).

El lema de la Casa del Pueblo era “La escuela para la comunidad y ésta para la escuela”. Incapaz, la Secretaría, de sostener más que a los maestros misioneros y rurales, éstos incitaban a la comunidad local a trabajar en pro de la noble y admirable obra de la educación. Y así, entre todos los habitantes construían el edificio de la escuela, los establos, los gallineros, las trojes, etcétera. Durante las vacaciones del maestro rural, un comité de ciudadanos lo suplía en la dirección de la Casa del Pueblo (*BSEP*, 1923, I (No. 4) (septiembre), pp. 394-405).

Así describía Vasconcelos la obra de estos misioneros:

Nos inspiramos así en el ejemplo de los misioneros para marcar lineamientos de una escuela útil al pobre y capaz de remover todas las capacidades de una raza. De la labor misionera procede toda esta conciencia indígena semiculta o culta que en medio de infinitos tropiezos ha ido levantando la esperanza (Vasconcelos, 1958, *IV*, p. 1233).

La escuela rural servía a toda la comunidad. El maestro no sólo instruía a los niños sino también a los adultos, a quienes se impartían clases de agricultura después de las horas ordinarias. El maestro rural estaba autorizado para reducir el número de horas de clase durante la cosecha, a fin de que los niños pudiesen ayudar a sus papás (*BSEP*, 1923, I (No. 4) (septiembre), pp. 400, 422-423).

El primer grupo de maestros misioneros inició sus labores en 1921. A fines de ese año eran ya 77 y 100 maestros rurales en el campo, en 1922, 96 y 399 respectivamente, a cargo de 309 escuelas con 17 925 alumnos. Durante ese año se fundó la primera normal rural en Tacámbaro (Mich.), cuyo director fue Germán Parra y Marquina y, a pesar de sus excelentes intenciones, la normal rural resultó una normal urbana absurdamente situada en el campo (Miñano García, 1945, p. 195). Isidro Castillo, su sucesor,

le dio una orientación inspirada en la vida rural y las necesidades de la comunidad, según la filosofía del maestro ambulante; pero la normal rural progresó lentamente por carecer de una pauta que seguir. Tenía tierra, animales y un programa de acción social. De 1922 a 1925 se fundaron las normales regionales de Molango (Hgo.); Atlixco, Tehuacán y Huauchinango (Pue.); Ciudad Hidalgo y Uruapan (Mich.); y Juchitán (Oax.) (Miñano García, 1945, pp. 22-23).

Vasconcelos no olvidó, por encima de todas las preocupaciones prácticas del currículo y de las necesidades materiales, el elemento trascendental en la educación. Por tanto, ordenó a todo misionero distribuir en las escuelas de su región pequeñas bibliotecas compuestas por la SEP, no sólo de libros sobre agricultura, industria ligera y cría de ganado, sino también obras de autores mexicanos y extranjeros que subrayaban el aspecto espiritual del hombre. El secretario de Educación pensaba que era importante dar un sentido de unidad³ a todos estos campesinos, aislados entre sí, y de las demás ciudades, por barrancos, ríos, desiertos y montañas y, mucho más aún, de otros países. Así ordenó que se enviasen a la Casa del Pueblo los periódicos para que los maestros pudieran leer a sus alumnos las noticias de ese mundo desconocido, cuyas fronteras se extendían más allá de los alrededores de su pueblo o de su aldea (*BSEP*, 1922, 1 (No. 2) (septiembre), pp. 160-161; 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923-primer semestre de 1924), pp. 213 y 599).

Al mismo tiempo, Vasconcelos cuidaba de que no se despojara a los indígenas de su cultura. Por eso prohibía a los misioneros mostrar menosprecio del ambiente que iban a civilizar y los invitaba a conocerlo (*BSEP*, 1923, 1 (No. 4) (septiembre), p. 407).

Debían, sobre todo, conocer el alma indígena.

A pesar de las difíciles condiciones de su labor —eran exploradores solitarios— los maestros ambulantes lograron:

- 1) Promover la construcción de las primarias rurales.
- 2) Ayudar a establecer las normales rurales.
- 3) Mejorar el entrenamiento de los maestros.
- 4) Efectuar encuestas.
- 5) Mejorar la vida de la comunidad (Delmez. 1949, p. 126).

Sin embargo, la resistencia de muchos maestros rurales a apartarse de la rutina tradicional del sistema verbalista de enseñanza, limitó las perspectivas de la campaña (Delmez, 1949, p. 127). Otra deficiencia fue la falta de un sistema coordinado de trabajo. La principal debilidad consistió en que

³ El tema de la unidad nacional era casi un estribillo en Vasconcelos, así como a fines del siglo pasado habla sido en Sierra el de la construcción espiritual de México. Véase Meneses, 1983, pp. 623-624.

el maestro ambulante carecía de conocimientos múltiples, necesarios en la vida del campo. La ingeniosidad de Vasconcelos salió afortunadamente al paso de esta falla del sistema y creó las misiones culturales.

La obra de los maestros ambulantes se encierra en las siguientes frías estadísticas:

CUADRO 36

	1922	1923	1924
Maestros ambulantes	99	104	62
Maestros rurales	399	1 192	1 146
Alumnos	17 925	49 640	65 329
Escuelas	309	587	2 001

(*BSEP*, 1922, 1 (No. 1) (mayo), p. 447; 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), pp. 587 y 611; 1925, 3 (No. 8) (enero), p. 253).⁴

La prensa de la época comentó favorablemente la obra de los maestros misioneros. La calificó como labor de gran importancia social (*El Heraldo de México*, diciembre 3 de 1921; *El Universal*, febrero 23 de 1922).

3.2 Las misiones culturales

La SEP juzgó oportuno, en vista de las experiencias de los primeros maestros misioneros, organizar grupos de especialistas en diversas disciplinas con el propósito de enviarlos a distintos campos de operación (Sierra, 1973, p. 15). Parece que el autor de esta brillante idea fue José Gálvez, diputado agrarista por Puebla al Congreso de la Unión, a quien Gabriela Mistral, la poetisa chilena y Premio Nobel de literatura (1945), alababa en una carta por su ingenioso plan de trabajo para los maestros misioneros. Vasconcelos reconocía también a José Gálvez, cuando promulgó (octubre 17 de 1923) el siguiente decreto (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), p. 604).

En vista de las ventajas que reporta el proyecto del C. diputado José Gálvez relativo a la actuación de los maestros misioneros, he tenido a bien disponer que esta Secretaría haga suyo el citado proyecto y se mande imprimir el número de ejemplares para que sea repartido en las dependencias de este Ministerio [sic] de la República.

Los grupos creados como resultado del plan de Gálvez se llamaban misiones culturales y el *Boletín de la SEP* (1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo

⁴ La numeración del *BSEP* es inconsistente. En 1925 hay dos volúmenes 3º y 4º. Otro tanto se diga de los fascículos.

semestre de 1923 y primer semestre de 1924), pp. 603-604) los describía: un cuerpo docente de carácter transitorio que desarrolla una labor educativa en cursos breves para maestros y particulares. El meollo del proyecto consistía en la creencia de que el grupo de misioneros, al trabajar como un cuerpo y discutir sus problemas comunes, podía definir mejor sus metas, organizar su obra y hacer frente a los muchos problemas de los maestros de la comunidad.⁵ La riqueza del grupo excedía el limitado esfuerzo individual. Se prescribía fundar las misiones en las regiones pobladas más densamente por familias étnicas, según su importancia, y en el lugar más adecuado, como centro de acción, con escuelas, talleres, campos de cultivo y demás dependencias (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), pp. 599-603).

La primera misión cultural, como se llamaba el grupo ambulante de entrenamiento concebido por Gálvez, llegó a Zacualtipán, Hgo., en octubre de 1923, encabezada por Roberto Medellín, su director. Contaba con miembros expertos en educación rural, fabricantes de jabón y perfume, curtidores de piel, expertos en agricultura, música y arte y, además, un médico encargado de la educación física. Se reunieron en Zacualtipán 147 maestros rurales provenientes de las sierras de Hidalgo y Puebla para recibir, durante sus vacaciones, entrenamiento de los especialistas. El curso más provechoso fue sobre educación rural, impartido por Rafael Ramírez, exalumno de la escuela normal de Jalapa y con 10 años de experiencia docente. Ramírez exploró con esos maestros los objetivos de las escuelas rurales y los problemas de su organización y funcionamiento.

El objetivo original de la misión era atender sólo a los maestros ambulantes y a los rurales. Mas, cuando los campesinos de las villas circunvecinas se enteraron y expresaron su interés en recibir cursos de agricultura y pequeñas industrias, los miembros de la misión accedieron a instruirlos. Los especialistas ofrecieron varias veces al día sus cursos, a fin de facilitar la asistencia de los estudiantes. Aquéllos se ofrecían de 5:30 a.m. a 12 de la noche, para satisfacer a 98 adultos y 74 muchachos de los grados superiores.

Los cursos eran eminentemente prácticos y relacionados con el ambiente. El maestro de curtiduría instruyó a los maestros rurales de las curtidurías locales, y les ofrecía sugerencias para mejorar sus técnicas; así procedía el de agricultura sobre poda, injerto y mejoramiento del suelo con abonos. Los maestros rurales y sus estudiantes aprendieron a hacer jabón y distintas variedades de perfumes, y el doctor Ranulfo Bravo vacunó a los habitantes contra la viruela, que empezaba a asolar la región, y enseñó a los maestros rurales a hacerlo ellos mismos.

⁵ Cosío Villegas (1977, pp. 89-91) indica que el propósito de las misiones culturales era comunicar el campo con la ciudad, llevando lo que ésta tenía de bueno: la salubridad, la cultura... los libros.

Los habitantes de Zacualtipán quedaron tan agradecidos por la ayuda de la misión cultural que, al terminar ésta, en octubre 29 de 1923, acompañaron a sus miembros hasta las afueras del pueblo para decirles “adiós”. Vasconcelos y sus colegas podían sentirse satisfechos: la primera misión había tenido feliz éxito. La calidad del grupo provenía de sus componentes: Rafael Ramírez; Roberto Medellín, capaz educador; Fernando Galbiati, competente maestro de agricultura en la escuela de Molango; Rafael Rangel, hábil curtidor proveniente de la escuela de química. El apoyo y entusiasmo de Vasconcelos y de Bernardo Gastélum, el subsecretario, había sido definitivo, lo mismo que la presencia de José Gálvez (*Las misiones culturales*, 1928, pp. 23-24).

Con los logros de esta primera misión cultural, el personal de la SEP se convenció de la excelencia de este método para entrenar a los maestros en el servicio mismo y promover los proyectos comunitarios. Meses después, se habían enviado misiones culturales a Cuernavaca, Colima, Guadalajara y Nayarit. Tal decisión fue acertada: la misión cultural se convirtió en la espina dorsal de la educación rural mexicana (Sánchez, 1936, p. 71).

Los rasgos básicos de la misión cultural la recomiendan: proporciona al maestro rural contacto con sus colegas de la SEP; le da unidad de propósito para evitar la dispersión de esfuerzos; lo pone en conocimiento de las técnicas más avanzadas; promueve la unidad nacional al llevar ideas de otras partes de la nación a los habitantes aislados de las aldeas dispersas en las montañas; mejora la calidad de la vida rural por la ayuda concedida a los pueblos para conseguir parques, teatros al aire libre, escuelas y fosas sépticas.

Una limitación importante de la escuela rural de Vasconcelos fue la instrucción proporcionada exclusivamente en español, cuando un buen número de estudiantes hablaban sólo los idiomas indígenas. Vasconcelos estaba persuadido de que los niños, expuestos sólo al español en las aulas, lo usarían preferentemente en vez de su idioma nativo. El desconocimiento de la lingüística y su menosprecio de la pedagogía hicieron creer a Vasconcelos de esa manera. La experiencia de años posteriores y la asesoría de peritos puso de manifiesto que los niños aprendían mejor en su lengua nativa. Más adelante empezó a usarse el bilingüismo y se comprobó la necesidad de practicarlo en la enseñanza de los campesinos.

Vasconcelos quería resultados y los deseaba al instante. Cuando se percató de que los maestros misioneros no producían frutos inmediatos los sustituyó con las misiones culturales sugeridas por Gálvez. Esta innovación resultó una característica permanente de la educación rural mexicana que atrajo el interés internacional (Hughes, 1951, p. 5).

La misión cultural resucitó la escuela rural, prácticamente moribunda y en trance de desaparecer después de la supresión de la SIPBA, y que cegó así la fuente que la alimentaba, pues los estados carecían de medios para sostenerla. Al terminar Vasconcelos su mandato en la SEP, había 722 Ca-

sas del Pueblo, 62 misioneros y 1 048 maestros rurales. El sentó los cimientos de un nuevo objetivo básico de la educación fundamental moderna, que incluía el desarrollo de los aspectos sociales y comunitarios del educando, de la siguiente manera (Partin, 1973, p. 380):

- 1) La escuela ayudaba a niños y adultos.
- 2) La educación estaba diseñada para mejorar el estado económico de los habitantes del pueblo por un currículo que atendía a la agricultura y a las industrias pequeñas.
- 3) La participación de la comunidad en la obra de la escuela se consideraba esencial .
- 4) El programa escolar era suficientemente flexible para permitir su adaptación a las necesidades e intereses de cada poblado.
- 5) La casa del pueblo alentaba el arte y artesanías locales con la intención de desarrollarlos comercialmente y despertar en los indígenas el orgullo de su pasado .
- 6) Ya que la educación se concebía como un medio de mejorar la condición física, intelectual y moral de la comunidad, implicaba muchas áreas de la actividad humana y consiguientemente, requería los esfuerzos colectivos de un equipo de especialistas —reunidos en misión cultural— y la cooperación de varias oficinas del gobierno federal [Traducción nuestra].

El país había encontrado la forma de educar e integrar en su seno a las dos terceras partes de su población, hasta entonces prácticamente abandonadas a su suerte.

4. LA TAREA EDUCATIVA Y SU SEGUNDO ELEMENTO: EL ARTISTA

4.1 *La educación artística*

“La redención mediante la educación exigía el esfuerzo coordinado de tres misioneros: el maestro, el artista y el libro” (Blanco, 1977, p. 102). En las anteriores páginas hablamos del primero, el maestro. Ahora es menester dirigir la atención hacia el segundo, el artista.

Vasconcelos reconocía que muchas de sus ideas artísticas las había derivado de Anatoli Lunacharsky, primer comisario de educación en bellas artes en la Rusia Soviética. Lunacharsky creía que la creatividad no era independiente de las circunstancias sociales. Consideraba al artista como alguien que expresa emociones y sentimientos surgidos de su formación psicológica particular, dentro de una clase social determinada y en un medio socioeconómico específico. Lunacharsky juzgaba el movimiento del arte por el arte, de las postrimerías del siglo pasado, como evasión de los problemas sociales en el mundo burgués. El arte debía comprometerse con los problemas sociales o al menos tratar sobre éstos. El futuro del arte residía en la clase trabajadora y su función era expresar los sentimientos y

aspiraciones de esa clase: representar la lucha de clases, definirla y pintar una visión del futuro que los hombres anhelan. Por otra parte, Lunacharsky no aceptaba como arte legítimo las expresiones espontáneas de la clase trabajadora. Pensaba que ésta debía educarse para apreciar el arte. La educación artística elevaría el nivel cultural de las clases proletarias y éste permitiría a los trabajadores crear arte y organizar una nueva sociedad.

Según Lunacharsky, no solamente las masas sino también los artistas, requerían educación. Y aunque ayudó a artistas de origen aristocrático y burgués, no se paraba en barras para criticarlos sistemáticamente a fin de inducirlos a cambiar su punto de vista y su actitud hacia el mundo. Los alentaba a tratar de comprender la Revolución, describir la vida diaria de los lugares de trabajo, de los hogares y de la comunidad para estudiar los problemas que debía afrontar la Revolución. Trataba de profundizar en el análisis de las tareas cultural, socioeconómica y política y ayudar a la clase trabajadora a alcanzar una nueva ética (Holter, 1967, pp. 154, 157, 159-160).

Lunacharsky no desdeñaba el utilizar el arte del pasado, no para civilizar con la exclusión del pueblo, sino para formar un proletariado culto, apto para estimular la iniciativa histórica de su época.

Al preservar los monumentos históricos, su objetivo era proporcionar a los rusos un sentido determinado de su propia historia, para animarlos a crear un futuro. En la elección de obras de arte del pasado, escogía aquéllas de protesta y crítica social. Editó una serie de autores clásicos para ayudar a los incultos a rectificar la preferencia por la literatura barata y eligió sólo los que pudieran transmitir un sentimiento de heroísmo encaminado a la acción y al cambio.

En abierto contraste con Lunacharsky, Vasconcelos no tenía una teoría de la relación entre el arte y la realidad social. Como discípulo del Ateneo, pertenecía al movimiento más vago, pero más amplio, del arte por el arte. Para él, el arte significaba desarrollar los poderes creadores del hombre. No debía justificarse por razones utilitarias. En sus propias palabras:

¡Canta por la dicha del canto. Dibuja para retener la inútil belleza del perfil!
No hay en arte otra pedagogía (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1558).

Y en otro pasaje decía:

[...] lo valioso de la experiencia artística es que nos lleva a todos a convivir en una realidad que nos trasciende.

El método para la enseñanza de las disciplinas del arte puede resumirse en una palabra: comunión [...] El pedagogo artista, por fascinación y magia, ha de llevarnos a la comprensión total y activa, intelectual, amativa y estética, o comunión cabal con los más altos valores del espíritu (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1544).

El arte era el camino real para el periodo estético, porque: “Un pueblo de artistas acaba por ser un pueblo religioso que abordará enseguida el problema fundamental del más allá” (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1664). Para que México llegara a ser el líder de las hermanas repúblicas latinoamericanas en este estadio de la historia, sería menester que el Estado apoyara a los artistas.

Por tanto, en su proyecto de la SEP, Vasconcelos designó el Departamento de Bellas Artes como una de las tres divisiones principales de la nueva dependencia. Al mismo tiempo, afirmaba que el Estado no podría ser juez de las obras de los artistas y, lógicamente les concedió gran independencia bajo la tutela gubernamental. El poeta José Juan Tablada atribuía en 1923 a la actitud de Vasconcelos, en defensa de la libertad artística, la falta de una teoría estética en la SEP, que habría conducido a la opresión del gusto artístico. En lugar de esta posición absurda y dictatorial, Vasconcelos consideró la actividad artística como uno de los logros más altos del hombre.

Vasconcelos se percató de que la instrucción en las escuelas oficiales era la única forma de cultivar los talentos artísticos de la nación. Y un objetivo primario de la educación artística en México debería ser “expulsar la influencia extranjera innecesaria y de mal gusto y devolver al pueblo la confianza en sus dones tradicionales de artista que inventa su propia visión de las cosas [...]» (1958, *DRO*, p. 1678).

Consecuente con esta concepción, Vasconcelos ordenó que los profesores de primaria, responsables de la enseñanza del arte, la música y la educación física, dejaran el lugar a los especialistas, para evitar que aquellos estimularan, aun en esas áreas, un enciclopedismo atrevido, que engendrara un conocimiento reducido y distorsionado. Introdujo la práctica de que los estudiantes aprendieran a pintar y a dibujar directamente del modelo tomado de la naturaleza. La forma más adecuada de instrucción artística era un método de dibujo decorativo, inventado por el pintor mexicano Adolfo Best Maugard (1891-1964), quien, en 1910, al diseñar unos dibujos de los indios náhuatl para el antropólogo Franz Boas (1858-1942), sintió que se encendía su interés por el arte precortesiano y procedió a estudiar el arte de otras tribus indígenas, lo mismo que las artes populares de su época. Best Maugard concluyó que el arte mexicano consistía en siete elementos básicos: la espiral, el círculo, el medio círculo, la S, la línea ondulada, la línea rota en forma de zig-zag y la recta. Best Maugard desarrolló un sistema encaminado a dominar el dibujo de estos elementos, y proporcionó ejercicios graduados que mostraban al estudiante el modo de usar los rasgos para pintar objetos familiares, cuya complejidad iba desde una flor hasta un ser humano. La ventaja del sistema consistía en entrenar

al estudiante a dibujar figuras tomadas de su propia cultura.

En noviembre de 1921, Best Maugard acompañó en su viaje a Yucatán a Vasconcelos, quien, probablemente en esta ocasión, llegó a conocer el sistema del artista. Más adelante éste expuso sus ideas en dos conferencias a los estudiantes de la Escuela de Bellas Artes de Mérida y se sabe que los resultados fueron excelentes (Best Maugard, 1923, p. 131).

El énfasis en el arte mexicano no era el único aspecto de la teoría de Best Maugard que atrajo la atención de Vasconcelos. El artista incluía también ejercicios relativos a la aplicación del diseño artístico a la cerámica, al bordado y a otras técnicas. Vasconcelos, preocupado por intensificar la educación de las artes manuales y técnicas de las escuelas, descubrió, en la aplicación del sistema a tales áreas, una oportunidad ideal para mezclar sus propósitos prácticos y estéticos (Best Maugard, 1923, pp. 98-129).

Vasconcelos nombró a Best Maugard jefe de la dirección de dibujo de obras públicas en el Departamento de Bellas Artes. La tarea del artista era supervisar el entrenamiento de maestros de arte e implantar su sistema en las escuelas primarias, normales y técnicas del Distrito Federal. Si bien Best Maugard estaba de acuerdo con Vasconcelos en encomendar la educación artística a los especialistas, se percataba de que era imposible entrenar a suficientes instructores para las 267 escuelas primarias de la ciudad. Tomó entonces la determinación de enseñar él, y también sus colegas artistas, en dos o tres escuelas, donde impartían la teoría a los maestros de primaria regular, quienes daban lecciones de arte a sus estudiantes bajo la supervisión de maestros especializados.

En noviembre de 1923, 75 maestros especiales de arte se empleaban en las escuelas primarias, mientras 71 157 estudiantes y 1 797 maestros recibían instrucción en el método de Best Maugard (*BSEP*, 1923, 1 (No. 4) (septiembre) pp. 337, 339; 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 primer semestre de 1924), pp. 459-460).

Vasconcelos no se contentó con este esfuerzo. Publicó la teoría de Best Maugard (1923) en forma de libro y lo presentó en una ceremonia en el anfiteatro de la ENP. La edición de la teoría de Best Maugard (15 000 ejemplares) tenía como propósito extender el método a todas las escuelas federales y estatales y, por tanto, iniciar un movimiento verdaderamente trascendental para revivificar el arte nacional en México.

El volumen estaba escrito en lenguaje claro y cada ejercicio iba acompañado de ilustraciones gráficas, muchas de las cuales eran fruto de la destreza de los estudiantes de las escuelas del Distrito Federal, donde el método se había usado.

La popularidad del sistema de Best Maugard entre los estudiantes y maestros se había extendido bastante, y la endeble oposición que suscitó provino principalmente de maestros tradicionalistas, contrarios a todo cambio, o bien, de maestros que temían por sus intereses pecuniarios. Los periódicos alababan el sistema, y alguno de ellos comentaba que, en las

escuelas donde se usaba, los estudiantes se entretenían tanto con sus obras artísticas que rehusaban abandonar el local a la hora del fin de clases (*El Universal*, marzo 9 de 1923).

A propósito de la inauguración del edificio de la SEP, se instaló una exposición (julio 9 de 1922) de muestras de dibujos y objetos que los estudiantes, entrenados bajo este método, habían realizado. La exposición atrajo a numerosos estudiantes y Pedro Henríquez Ureña recuerda que ésta descubrió al público la magnitud del esfuerzo iniciado y los nuevos horizontes abiertos a la inventiva del niño y a su sentido del color y de la forma (Best Maugard, 1923, p. 131). Se realizaron también exhibiciones en Los Angeles (Calif.), donde resultó un éxito la Exposición de Arte Popular patrocinada por la Secretaría de Industria (*BSEP*, 1923, 1 (No. 4) (septiembre), p. 338). Asimismo, en Nueva York (1923) se expusieron obras de arte realizadas por niños mexicanos en la Exposición de Artistas Independientes (Best Maugard, 1923, p. 131). El mismo autor, Best Maugard, informa que de varios países de Europa y de Latinoamérica le pedían autorización para usar las técnicas en la educación artística (*BSEP*, 1923, 1 (No. 4) (septiembre), p. 338). Más adelante, el artista impartió, en la Universidad de San Francisco (Calif.), una serie de conferencias sobre su teoría artística y su aplicación en México (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), p. 460).

Una de las limitaciones del método nacía de su propia naturaleza. La especificidad de la dirección conducía a veces a los alumnos a reproducir mecánicamente los trazos. Sin embargo, la aplicación de la teoría produjo frecuentemente dibujos de gran originalidad y belleza. Ventaja ulterior del sistema fue contribuir al renacimiento del nacionalismo, al reemplazar una educación artística confinada al uso de textos ingleses, ilustrados con representaciones grecorromanas o francesas.

[...] la sustitución de metodología por el arte mismo produjo en las escuelas mexicanas del novecientos veintitantos un florecimiento artístico que años antes hubiera parecido increíble y que hoy se ha vuelto leyenda (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1560).

Vasconcelos no se contentó con promover la educación artística en escuelas. Consecuente con su concepto de iberoamericanismo en el desarrollo de la cultura mexicana, llegó a la conclusión de que la nación debía crear su propio arte más que imitar el europeo, como lo había hecho hasta entonces.

México gozaba de una rica tradición en pinturas murales que databa desde la época clásica de las culturas azteca y maya, como lo atestiguan los tigres de Chichén-Itza (Charlot, 1963, p. 4).⁶ Durante la época colonial,

⁶ Habría que añadir los frescos de Bonampak [desgraciadamente casi borrados], los jaguares de Teotihuacán y las pinturas de Tepantitla y Zacuala, etcétera. véanse las obras de Jorge Enciso:

los españoles continuaron la práctica de la pintura mural con temas de índole religiosa. Más adelante, durante el porfiriato, la Academia de San Carlos se dedicó a formar estudiantes cuya labor artística se reducía a copiar objetos, desde mapas del sistema juliano hasta ornamentos y partes del cuerpo, arte desprovisto de espontaneidad y originalidad y favorecedor de un rígido academicismo.

Un cambio completo empezó a gestarse a principios del siglo: el pintor Jorge Enciso, llegado por esos días a México, logró gran éxito con una exposición de pinturas de temas exclusivamente mexicanos, como paisajes. Poco después, Gerardo Murillo (1910), el futuro doctor Atl, organizó en la Academia otra exposición de arte nacional, cuya evidente conciencia racial anticipó la creación de un estilo típicamente mexicano. En 1913, Alfredo Ramos Martínez, director de la Academia, invitó a sus estudiantes a una escuela al aire libre en Santa Anita Ixtapalapa, donde los animó a pintar escenas nativas con la esperanza de fomentar el arte nacional (Charlot, 1963, p. 57).

Casi al mismo tiempo, un grupo de artistas del círculo artístico al cual pertenecían dos futuros colaboradores de Vasconcelos, Gerardo Murillo y José Clemente Orozco, recibió de Justo Sierra, entonces secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, la encomienda de pintar el auditorio de la ENP. Desgraciadamente, apenas se instalaron los andamios, la dictadura apareció y los conflictos de la Revolución obligaron a los pintores a dispersarse por el país (Charlot, 1963, p. 69).

La Revolución mexicana, al despertar la conciencia de la identidad nacional, contribuyó a formar un ambiente más propicio al renacimiento del muralismo. El mismo Adolfo Best Maugard expuso hacia 1919, en otros países, pinturas de temas predominantemente mexicanos. Otro tanto sucedió con Carlos Mérida (?-1985) nacido en Guatemala y futuro muralista de la época de Vasconcelos. David Alfaro Siqueiros, director artístico de la revista *Vida Americana* de Barcelona, urgió a los pintores del nuevo mundo a estudiar las obras de los pintores y escultores indígenas (Charlot, 1963, pp. 62-70).

Vasconcelos aprovechó hábilmente el renacimiento del sentido nacionalista en el arte y lo incorporó a su diseño de un sistema educativo encaminado a promover la identidad nacional de los estudiantes.

4.2 *El muralismo y otras actividades artísticas*

Vasconcelos conquistó a Diego Rivera (1886-1957) y a David Alfaro Siqueiros (1896-1974) para que regresaran a México. Ambos se encontraban

entonces en Europa, donde aprendían los secretos del arte europeo (Charlot, 1963, pp. 127-131). De momento, pospuso conquistar a José Clemente Orozco (1883-1949), pues lo consideraba más bien como caricaturista político. Sin embargo, José Juan Tablada (1871-1945), en vísperas de partir a Nueva York, alabó a Orozco como uno de los grandes pintores y recomendó al Consejo de la Ciudad que encargara a Orozco decorar la sala de recepciones del ayuntamiento (Charlot, 1963, pp. 223-224). El Consejo siguió las sugerencias de Tablada, pero Vasconcelos presente en la reunión, pidió a Orozco que pintara en la ENP (Charlot, 1963, pp. 223-224). Aquél ya anteriormente había buscado también a otros artistas para decorar los muros de la ENP. Fernando Leal, también artista, recuerda que Vasconcelos, en una de sus frecuentes visitas sin previo anuncio a la escuela de Coyoacán, se impresionó con las pinturas de zapatistas de Leal y lo invitó a pintar en los muros de la Preparatoria. Al mismo tiempo le rogó reclutar a otros jóvenes artistas, compañeros suyos, quienes fueran a su juicio, aptos para pintar murales. El joven pintor mexicano pasó la invitación a los siguientes, que se convirtieron en participantes en el movimiento mural: Fermín Revueltas (1903-1935), Emilio García Cahero (?-1939), Ramón Alva de la Canal (1892-1985) y Jean Charlot (*El Nacional*, agosto 29 de 1923).

Este último, francés de origen, había llegado a México, la tierra de su abuelo, en enero de 1921. Vasconcelos casi lo rechazó por ser europeo, pues buscaba promotores del nacionalismo en el arte. Diego Rivera y Fernando Leal persuadieron a Vasconcelos que permitiera a Charlot unirse a los pintores mexicanos en la decoración de la ENP (Charlot, 1963, pp. 164-166). El hecho de que Vasconcelos, en vez de contratar a artistas maduros, invitara a jóvenes artistas mexicanos todavía sin fama, se explica, a juicio de Charlot (1963, p. 151), en que el subir escaleras, caminar en andamios y pintar por metro cuadrado, por el salario de un pintor de brocha gorda, era poco atractivo a hombres, cuyos intereses creados pesaban más que la aventura.

Vasconcelos encomendó a Roberto Montenegro (1885-1968) (Charlot, 1963, p. 99) decorar el interior de la capilla de San Pedro y San Pablo del antiguo colegio de los jesuitas, convertida en sala de conferencias. Montenegro ya había conquistado cierta fama en Europa (Rodríguez, 1970, p. 153; Fernández, 1962, p. 12) y era jefe de escuela hasta que Rivera volvió del viejo continente en 1921. Como a Roberto Montenegro no se le ocurría un tema para sus murales, Vasconcelos le sugirió un refrán de Goethe: “La acción es más fuerte que el hado”. Montenegro pintó doce mujeres, representación de las horas, que danzan alrededor de un caballero armado, el cual ostentaba prominentemente en español la frase de Goethe. “La danza de las horas” inició el ciclo ininterrumpido de murales patrocinados por el gobierno y todavía es parte de la decoración de la capilla de San Pedro y San Pablo. El mural fue terminado en octubre de 1922.

Para esta época. Rivera ya había regresado a México (julio de 1921). Después del viaje de Vasconcelos a Yucatán, en compañía de Rivera, el rector pidió a éste aprovechar los muros de la ENP para pintar. En el anfiteatro de esta famosa institución, Rivera pintó al encausto⁷ su primer mural, “La creación”, imagen de la evolución humana, desde la desnudez del hombre hasta las virtudes teológicas de fe, esperanza y caridad y, finalmente, la sabiduría. La pintura representaba también la historia racial de México, pues incluía distintos tipos de la población, desde las tribus nativas hasta el mestizo (Wolfe, 1941, p. 155).

El viaje de Rivera a Yucatán (Vasconcelos, *ED*, 1957, p. 1294) lo ayudó para hacer esbozos del paisaje mexicano, de escenas pastoriles y de los cenotes. Vasconcelos comentó que las figuras del mural del anfiteatro, aunque inspiradas en la realidad mexicana, podían pasar por europeas o asiáticas; deseoso entonces de proporcionar al artista más experiencia de la realidad mexicana, de la tierra y de las personas, lo envió con una de las misiones educativas a recorrer el país hasta Tehuantepec y conocer las nativas más bellas (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1676). Rivera regresó de Tehuantepec sacudido por la sencillez de todo cuanto había visto y experimentado. Los nichos del anfiteatro, todavía sin pintar a su regreso, reflejan el impacto del viaje en su pintura, cargada desde entonces de los colores violentos de la jungla tropical y de su fauna: los felinos, una grulla, un pájaro nocturno, todos ellos asomados entre el follaje crujiente (Charlot, 1963, p. 145).

Mientras Rivera decoraba el anfiteatro, algunos de los muralistas jóvenes preparaban la entrada y la escalera de la ENP. La ayuda que algunos de estos artistas, tales como Charlot y Amado de la Cueva, prestaron simultáneamente a Rivera en la creación, mientras continuaban sus propias pinturas, permitió a muchos visitantes concluir que todas las obras de la ENP pertenecían a Rivera. Sin embargo, tan superior era la calidad de este último, a quien reconocían como el maestro, que los artistas más jóvenes recibieron el apelativo de “dieguitos” (Charlot, 1963, p. 152).

Con todo, estos artistas jóvenes, mediante sus pinturas en la ENP, dejaron una impronta en el movimiento muralista mexicano. Fueron éstos quienes usaron por vez primera los tipos folklóricos mexicanos, las costumbres y, especialmente, los temas indígenas. Fermín Revueltas, en su devoción a la Virgen de Guadalupe, representó primero al indígena hierático, vestido de blanco y a la mujer envuelta en rebozos estilizados, rasgos típicos más tarde del muralismo mexicano (Charlot, 1963, p. 154). “La fiesta de Chalmá”, por Fernando Leal, simbolizaba la supervivencia de las costumbres nativas en lo íntimo de los ritos católicos, así como en peregrinaciones, festivales folklóricos y danzas rituales, con énfasis evidente en las costum-

⁷ Técnica de pintura preparada con pigmentos secos (tierras de colores), batidos en cera de abeja, refinada y caliente (derretida), más una cantidad variable de resina. Se usa en una paleta caliente y sobre superficie calentada.

bres nativas y las vestiduras características de los murales posteriores de la SEP (Fernández, 1964, p. 154).

Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco constituyeron el triunvirato del renacimiento muralista mexicano. Los dos últimos, como Rivera, pintaron sus primeros murales en la ENP. A Siqueiros pertenece el lienzo del tercer patio, intitulado “Espíritu de Occidente”, símbolo de la cultura europea en forma de una figura femenina alada que descende sobre México. Suyo es también el “Entierro de trabajador” con dos figuras nativas monumentales que cargan un féretro (Fernández, 1964, p. 103; Charlot, 1963, p. 202). Siqueiros pintó, además (1924): “La monarquía y la democracia”, Dios y Satanás que aletean sobre dos figuras supinas, símbolo de la monarquía y la democracia (Charlot, 1963, pp. 206-207).

Siqueiros era una figura tan inquieta, y tan descontento de su propio trabajo, que lo borraba de un día para otro para comenzar de nuevo. Por eso, el de la ENP parece estar sin concluir. Sin embargo, sus hercúleas figuras producen un efecto dramático y su acento en el indigenismo le ha granjeado el honor de ser una de las mayores figuras en el renacimiento del muralismo en México (Charlot, 1963, pp. 202-203).

José Clemente Orozco (1970), al empezar a pintar los murales en 1923, se apartó por completo del énfasis que los artistas, sus antecesores, ponían en las costumbres folklóricas, los vestidos y los temas. El primer lienzo de Orozco, titulado “Primavera” (1923), representa un atleta corredor, símbolo del sol, acompañado de dos individuos desnudos. En el mismo año reemplazó el mural con Tzontemoc, un dorso invertido, elemento de una mitología náhuatl, símbolo del ocaso. Estos dos hombres, lo mismo que el estrangulador de los guerrilleros (1923), incorporan la esencia de la filosofía artística de Orozco, quien se sirve de los cuerpos para indicar el tema, “la humanidad”, con énfasis en la emoción. Orozco llegó a ser el primer pintor que cubrió los muros de los edificios públicos de México con temas sociales (Charlot, 1963, pp. 230-234).

De toda esta exuberante producción, los murales más famosos de la época de Vasconcelos fueron los de Diego Rivera en la SEP. Este se percató, después de terminar su creación, de que no era el tipo de pintura que debería pintar en el futuro o que le gustaría hacer. El tema era demasiado abstracto y alegórico para la comprensión de las masas. Aunque en él aparecían referencias ocasionales a temas mexicanos. Rivera creía que el propósito principal de sus obras debería ser pintar el país y su reciente Revolución (Wolfe, 1941, pp. 156, 158).

Rivera inició la decoración del edificio de la SEP en marzo de 1923. En sus primeros lienzos, situados a la entrada del elevador, el artista recurrió de nuevo a sus notas del viaje a Tehuantepec y pintó mujeres de aquella región que cargaban en sus cabezas canastos llenos de frutas o flores. En el patio menor del edificio de la SEP, Rivera pintó los trabajos industriales y

agrícolas de México: hilandería, teñido, agricultura y minería. La suerte u del trabajador aparece bien sugerida en la escena de los mineros que salen de la mina con expresión de agotamiento. Al lado de estas representaciones del trabajo, dos retratos sugieren cómo una nación puede obtener su redención: un maestro rural efectúa su misión, mientras los campesinos armados le hacen guardia y unos guerrilleros luchan por liberar a los mismos campesinos. En el patio principal del edificio, Rivera pintó los famosos festivales de sus compatriotas: “La quema de los judas”, “La danza del venado”, “La danza de las tehuanas” y “La danza de los listones”. A lo largo de la escalera reprodujo el paisaje mexicano, desde las corrientes subterráneas hasta las montañas coronadas de nieve. Las figuras alegóricas en esta sección simbolizan la evolución social de México, que avanza por medio de la agricultura y la industria, desde una sociedad primitiva hasta la revolución proletaria y la construcción de un nuevo orden social bajo el gobierno de los obreros (Wolfe, 1941, pp. 192-193; Rodríguez, 1970, pp. 204-225).

Los murales de Rivera en la Secretaría son 124 y fueron terminados en 1927, cuando Vasconcelos ya había dejado la SEP. La serie empujó a Rivera a la fama en el mundo occidental y atrajo la atención de América y Europa hacia México como centro del arte (Wolfe, 1941, p. 190). Otros muralistas decoraron parte de la SEP y de los edificios contiguos. Carlos Mérida, cuyo mural sobre “Caperucita Roja” en la Biblioteca Infantil ostentaba las leyendas de Gabriela Mistral, representó también en las paredes de la Hemeroteca la vegetación tropical de su Guatemala nativa; Jean Charlot pintó en el patio de la SEP un mural con el tema de “Las lavanderas” (Charlot, 1963, p. 269).

La teoría del iberoamericanismo de Vasconcelos —clamor por la unidad cultural de Latinoamérica basada en el espíritu— aparece evidentemente en algunos de los murales y en otras obras de arte. El secretario comisionó los escudos de los 28 estados de la República, que fueron pintados en el segundo piso, por Jean Charlot, Amado de la Cueva y Xavier Guerrero. Cirilo Almeida Crespo pintó el retrato de Simón Bolívar que adorna la sala de espera de la oficina del secretario (*Edificios construidos*, [s.f.], pp. 3-4).

En la Biblioteca Iberoamericana, contigua a la SEP, especializada en libros de los países latinoamericanos y tenida por un modesto museo del continente, Montenegro pintó en las paredes el mapa de Latinoamérica con sus héroes nativos: Cuauhtémoc, Caopolicán, Atahualpa y los Monjes Españoles, Virreyes y Soldados. Vasconcelos encargó al muralista un retrato de Fray Servando Teresa de Mier en el instante de pedir, durante su discurso, que el Primer Congreso Constitucional de México declarara a Bolívar ciudadano mexicano (Vasconcelos, 1957, *ED*, p. 1418).

Vasconcelos hubo de afrontar reacciones contrarias al muralismo que había promovido. Ciertos elementos de la sociedad reprobaron los colores fuertes, como bárbaros, y el uso de temas indios, como primitivos. Los

pintores académicos y los profesores de arte censuraron también representar a mujeres indias en el acto de dar de mamar a sus hijos, la opresión de los obreros así como los mensajes revolucionarios, y encerraban todo esto en una frase: el culto de la fealdad en los murales.

El Demócrata (julio 2 de 1923) se hacía eco de estas opiniones y añadía que había oído muchos pareceres de personas de buen juicio y sano criterio, quienes en su mayoría consideraban que tales pinturas eran bromas de mal gusto, manifestaciones de error artístico y un absurdo tan grande que obligaría a añadir, cuando llegara el tiempo de encalar los muros, el salario de los albañiles a las sumas pagadas a los pintores (Charlot, 1963, p. 267).

Por los relatos de los muralistas debe concluirse que las relaciones entre ellos y su patrón, Vasconcelos, eran armoniosas (Vasconcelos, 1957, *ED*, pp. 1464-1465). Las dos partes estaban, ciertamente, de acuerdo en dos principios básicos del movimiento muralista: el énfasis en los temas latinoamericanos y la idea de dedicar el arte a las masas.

Nada está más lejos de la verdad que la acusación de Vázquez (1924), uno de los críticos más severos de Vasconcelos. Dice aquél que el secretario de Educación Pública se declaró árbitro del arte. De hecho, los pintores atestiguan que Vasconcelos les otorgó gran libertad en su obra. Aquélla, sin embargo, no impidió a Vasconcelos expresar su desaprobación y disgusto por algunas de las pinturas. En algunos casos, consiguió borrar leyendas ofensivas para el público; pero en otros, apoyó completamente al artista en su proyecto. En una ocasión rogó al pintor Emilio Amero que dejara de pintar tantos indios y, en caso de querer continuar la obra sobre las razas de Latinoamérica, aprovechara algún tema importante como *La Iliada* de Homero y el *Don Quijote* de Cervantes. Este incidente refleja el temor de Vasconcelos de menguar, por un énfasis excesivo en la herencia india, la importancia de las culturas hispana y latina que habían relacionado a México con las ideas europeas (Charlot, 1963, p. 271).

Vasconcelos no solamente apoyó el muralismo; se interesó también por otras técnicas artísticas tales como los vitrales, como lo comprueba la obra que encomendó a Roberto Montenegro en la antigua capilla de San Pedro y San Pablo: un vitral con la escena del “Jarabe Tapatío” y otro con la de “El vendedor de abanicos”.

Al descubrirse la obra de Montenegro, alguien la comparó con una vidriera que por esos mismos días había estrenado El Palacio de Hierro en su nuevo edificio, encomendada a ingenieros y artesanos traídos de Francia. Es muy superior—conviniéron todos—por el colorido del dibujo y aun por la solidez, la obra de Montenegro (Vasconcelos, 1957, *ED*, p. 1287).

En esta línea de actividades artísticas de vitrales es preciso incluir a Jorge Enciso y Pablo Fernández Ledesma.

Vasconcelos siguió la misma política al tratarse de la escultura. Empleó a escultores nativos para crear obras en el edificio de la Secretaría, decisión que debía servir como modelo para invertir la tendencia de encargar estatuas a los artistas de Italia y Francia, e iniciar así la tradición de encomendárselas a los mexicanos. Como se evidenció en el caso de Ignacio Asúnsolo (1890-1965), a quien Vasconcelos comisionó tallar las estatuas de Apolo, símbolo de belleza, y de Dionisio, representante de la fuerza. En el centro, la figura de Minerva, Diosa de la Sabiduría, aparecía conciliadora y luminosa como la conciencia del que ha logrado resolver un conflicto profundo. Asimismo, Vasconcelos encargó otras cuatro estatuas de personajes que, a su juicio, habían ejercido gran influencia en México: Sor Juana Inés de la Cruz, Amado Nervo, Justo Sierra y Rubén Darío. Todas fueron talladas por Ignacio Asúnsolo y dedicadas en 1924 (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1677).

En los tableros superiores el edificio de la SEP, frente al patio, el escultor Manuel Centurión labró unos relieves que incorporan la profecía de Vasconcelos: las labores del espíritu latinoamericano eventualmente crearían una cultura universal.

Asúnsolo esculpió también la estatua de la poetisa chilena Gabriela Mistral; Manuel Centurión talló una estatua de Bartolomé de las Casas y el escudo de la Universidad Nacional con su leyenda: “Por mi raza hablará el espíritu”, símbolo de la teoría racial de Vasconcelos; Juan Cordero (1895-1960) esculpió varias estatuas en la Academia de Bellas Artes y en otros edificios dependientes de ésta. Los escultores, lo mismo que los pintores, no sólo manejaron el cincel o el pincel, sino que ejecutaron otras obras en favor de la Secretaría: visitaron a los delegados estatales del Departamento de Bellas Artes —donde trabajaban como artistas visitantes de las escuelas— y tomaron parte en el arreglo de los museos locales y de las obras artísticas que emprendían los ayuntamientos (Fernández, 1937, p. 159).

4.3 *La educación musical*

Escribe Ramos (1976, 2, p. 82) respecto de la obra de Vasconcelos en el dominio de la música:

Vasconcelos no podía descuidar una de las funciones importantes de la escuela: la educación estética. El hizo cantar a todo un pueblo sus propias canciones, antes despreciadas; la dignificación y la boga de la música y del arte popular mexicano se deben a Vasconcelos.

Y el mismo Vasconcelos expresa su meta en la educación musical del pueblo:

Ambicionábamos descentralizar la cultura sin perjuicio de su calidad, estableciendo en distintas regiones centros de creación y de difusión. Pensábamos que una vez que el

gusto del pueblo por la música se levantara al conocimiento de lo clásico, el porvenir de la cultura general del país estaría a salvo (Vasconcelos, 1958, *IN*, p. 1261; *DRO*, p. 1682).

Vasconcelos nombro a Joaquín Beristáin director de la cultura estética. Este había sido anteriormente responsable de la instrucción musical en las escuelas primarias y técnicas del Distrito Federal dependientes de la Universidad (*El movimiento...* 1922, p. 543). Beristáin había organizado también grupos de canto coral cuando era inspector general de música en las escuelas de la capital. Después de creada la SEP Beristáin permaneció a cargo de la Dirección de Cultura Estética, como una subdivisión del Departamento de Bellas Artes, y expandió su radio de acción hasta incluir las escuelas federales en los estados. Se recordará que, desde tiempos de Huerta, los maestros de primaria enseñaban también arte y música. Vasconcelos suprimió de golpe esta práctica y buscó maestros especializados en música, como lo había hecho en otros dominios del arte. Los maestros de primaria, al percatarse de que se invadía su dominio, se opusieron a la nueva práctica con el argumento de que los instructores de música no conocían metodología. Vasconcelos respondió que prefería las matemáticas a la metodología y cualquier otra ciencia a todas las metodologías del mundo (*BSEP*, 1922, *I* (No. 2) (septiembre), p. 30).

Beristáin y su personal en la Dirección de Cultura Estética no estaban, sin embargo, de acuerdo con el menosprecio de Vasconcelos por la metodología, pues los inspectores de música proporcionaban de ordinario sesiones de entrenamiento en metodología a los maestros especializados en música.

La enseñanza de la música en el aula no le parecía suficiente a Vasconcelos. Ambicionaba preparar a los estudiantes a participar en festivales públicos al aire libre, en los cuales se entonarían canciones y ejecutarían danzas, especialmente aprendidas para estas ocasiones. El secretario deseaba que México cultivara un tipo de espectáculos al aire libre semejante al de la Grecia clásica. Se celebraron, según el deseo de Vasconcelos, festivales al aire libre en la capital, en el Distrito Federal y en los estados: pero los que conquistaron mayor atención, por el gran número de participantes y la importancia del sitio, fueron los efectuados en la tribuna monumental de Chapultepec, donde 2 000 niños de primaria y un número igual de obreros ejecutaban frecuentemente ante un público de 10 000 a 12 000 personas (*BSEP*, 1923, *I* (No. 4) (septiembre), p. 235).

Preocupación constante de Vasconcelos fue la promoción de la música popular mexicana. Beristáin estimaba en 1922 que la invasión de canciones y danzas extranjeras amenazaban con hacer desaparecer la música popular mexicana (*Excélsior*, octubre 13 de 1922).

Para contrarrestar tan sensible amenaza, se subrayó la música mexicana, como consta por los programas de los festivales al aire libre. Los

trovadores yucatecos cantaban frecuentemente canciones de su terruño. Un grupo de obreros cantó la “Violeta” de Castañeda, los estudiantes ejecutaban el “Canto y el Baile Maya” de A. Cárdenas, mientras otro grupo de obreros ejecutaba en sus instrumentos los “Charros” de L. Galindo (*BSEP*, 1922, 1 (No. 2) (septiembre), p. 215). En Puebla, para celebrar el 5 de Mayo, se cantó por vez primera “La mañana”, con letra de Pelagio Manjarrez, inspector de la Dirección de Cultura Estética de la SEP. Un autor preferido en esta cruzada nacional en pro de la música autóctona fue, naturalmente, Manuel M. Ponce, autor de las célebres canciones “Estrellita” y “Cuiden su vida” (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), p. 401).

La danza, estrechamente ligada con la música, fue también objeto de atención de parte de Vasconcelos. La asistencia a una fiesta escolar del antiguo tipo le había permitido entender la fealdad inevitable de esos espectáculos, en que niñas indígenas de rostro moreno subido danzaban minuetos con peluca Luis XV (Vasconcelos, 1958, *IN*, p. 1261).

A este propósito dice:

Pensé que cada raza se ve favorecida en el aspecto físico cada vez que se adorna con aquellos artificios que van más de acuerdo con su tipo, su color y su ambiente, y que era por lo mismo una injusticia presentar a nuestras niñas con aquel ridículo disfraz de damas de Versalles.

Los festivales al aire libre reflejaban claramente el énfasis que él ponía en lo autóctono, pues los estudiantes aparecían vestidos con atuendos regionales para ejecutar las danzas mayas, lo mismo que los bailes de Oaxaca (*BSEP*, 1922, 1 (No. 2) (septiembre), p. 215; 1923, 1 (No. 4) (septiembre), p. 330).

Con el propósito de promover la mexicanidad de la música, Vasconcelos encomendó formar una orquesta a Manuel Castro Padilla para tocar música popular regional. Deseoso también de que no se perdiese el acervo musical de la nación, contrató a maestros de música para que coleccionaran, en los estados, las canciones regionales (*BSEP*, 1923, 1 (No. 3) (enero), p. 394)

Vasconcelos promovió, como arte medular de la cultura latinoamericana, la propagación de la música de España y de Latinoamérica en las escuelas. Esta música, lo mismo que las canciones mexicanas, solían ejecutarse en los festivales al aire libre, como lo comprueba el programa totalmente español de una ceremonia celebrada en 1922 y dedicada a la Colonia Española en México. Incluía la ejecución de la “Mantilla” de Alvarez y “Mi pobre reja” de Tamayo, a cargo de 2 000 estudiantes y la “Jota Aragonesa”, bailada por los alumnos de dos escuelas. Otro tanto se hizo con canciones de Argentina, Brasil y Chile. Vasconcelos, convencido de que la SEP tendría que vigilar la cultura de todos los sectores sociales de

la nación, se preocupó de que se enseñase música en los centros de alfabetización y en los cuarteles militares. Los centros de orfeón eran el medio más ordinario para llegar hasta los trabajadores. Aquéllos se establecieron en México, en regiones donde había grandes concentraciones de obreros, quienes podían recibir durante la noche instrucción gratuita en canto coral, en el montaje de zarzuelas y en el arte de tocar instrumentos musicales, con los cuales acompañaran las canciones y las danzas. En octubre de 1923 había 20 centros de orfeón con una inscripción de 2 788 y una asistencia media de 2 235 (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), p. 449).

Estos centros sirvieron, en muchas ocasiones, de señuelo para que los obreros, inscritos en ellos por el gusto de escuchar música, sintieran deseos de matricularse en los centros de alfabetización. Además, tales centros, destinados a contribuir a la cultura artística, ayudaban a los obreros a su mejoramiento moral: les permitían emplear útilmente las horas de descanso en lugar de irse a las cantinas.

Estos son algunos ejemplos de la actividad incansable que desplegó Vasconcelos por medio de la SEP para extender los beneficios de la educación musical a las distintas clases de la sociedad. El secretario, por otra parte, no era partidario ciego de la música nacional: estaba convencido de que debía enseñarse al pueblo a gustar también las composiciones clásicas de los músicos europeos. Así lo señaló, en la ceremonia de la dedicación del edificio de la SEP (julio 9 de 1922) (*BSEP*, 1922, 1 (No. 2) (septiembre), p. 7). El programa de dicha fiesta contenía una mezcla de música nacional y clásica. La primera parte constaba de “La despedida” de Vaqueiro, cantada por 3 000 niños de las escuelas oficiales. Tres mil obreros de los centros de orfeón, acompañados por orquestas, representaron, a su vez, “Dolores” de Manuel M. Ponce; la parte clásica consistía en la “Marcha Heroica” de Berlioz y el “Tanhäuser” de Richard Wagner (1813-1883), ejecutados por la Orquesta Sinfónica Nacional. Los estudiantes de la escuela “Olavarría y Ferrari” bailaron los “Momentos Musicales” de Franz Schubert (1797-1828).

Las audiciones dominicales en los teatros, dedicadas a los obreros, incluían música clásica, ejecutada por maestros y estudiantes de la Escuela Nacional de Música o el Cuarteto Clásico Nacional. La Orquesta Sinfónica Nacional y otros grupos afiliados a la Escuela Nacional de Música eran los mejores propagandistas de la música clásica. La orquesta, silenciosa desde el tiempo de Justo Sierra, resucitó gracias a un subsidio concedido por Vasconcelos. Bajo la dirección de Julián Carrillo ejecutó conciertos con obras de Johann S. Bach (1685-1750), Ludwig van Beethoven (1770-1827), Héctor Berlioz (1803-1869), Anton Dvorak (1841-1904), César A. Franck (1822-1890), Franz Liszt (1811-1886), Félix B. Mendelssohn (1809-1847), Camile Saint Saëns (1835-1921), Franz Schubert, Johann Strauss (1804-1849), Piotr Ilich Tchaikovsky (1840-1893) y Richard Wagner.

Vasconcelos tuvo la feliz idea de celebrar el aniversario del nacimiento de Beethoven con la ejecución, en el patio de la SEP, de la Novena Sinfonía (diciembre de 1923). Una muchedumbre de 4 500 personas escuchó a la orquesta acompañada por un coro de 500 voces (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), p. 393).

La Orquesta Sinfónica no se limitó a ejecutar en la capital, sino que después de la estación de conciertos recorrió las ciudades principales del país y ofreció audiciones en Aguascalientes, Monterrey, Querétaro, San Luis Potosí y Tampico. Además, Vasconcelos ofreció subsidios para las orquestas sinfónicas de Aguascalientes, Guadalajara y Puebla (*El movimiento*, 1922, p. 553).

Al lado de la música clásica alemana, la orquesta sinfónica ejecutó música reciente como la Sinfonía Española de Edouard Lalo (1823-1892) y “La Mer” de Claude Debussy (1892-1918). Un diario (*Excélsior*, noviembre 6 de 1923) comentaba a este propósito que tales eventos artísticos despertaban vivo interés en todas partes, pero era más marcado en México, donde por desgracia se avanzaba lentamente en este terreno.

Vasconcelos (1958, *IN*, p. 1272) deseaba que todos los conciertos clásicos fueran gratuitos, para elevar el gusto de la nación hacia lo clásico. Desgraciadamente, no era posible lograr semejante ganga. El apoyo que Vasconcelos brindó a la música produjo un renacimiento de la música clásica en el país. Si no efectuó un florecimiento de compositores mexicanos, semejante al ocurrido en el muralismo, no se debió a descuido del secretario. Proporcionó a la música el mismo entusiasmo y apoyo financiero que al arte pictórico. Carlos Chávez atribuía el menor desarrollo de la música a la escasez, en esa época, de talentos jóvenes sobresalientes (*El Universal*, abril 25 de 1952). Con todo, el apoyo de Vasconcelos a la música cosechó beneficios importantes: primero, ésta llegó a ocupar lugar destacado en el plan de estudios, a diferencia del pasado, cuando no se la tenía en consideración; segundo, se restituyó el gusto por la música clásica en las aulas del país, convirtiéndola en una experiencia dinámica por medio de las danzas, cantos y ejecuciones de solistas en los festivales al aire libre y las ceremonias para los obreros; finalmente, se expuso a todos los sectores de la población a la música, como auditores o como ejecutores y, por tanto, se invirtió la tendencia de asociar la música con una afición o actividad exclusiva de los ricos. Así lo comentaba Gabriela Mistral en el *Boletín de la SEP*, (1923, 1 (No. 3) (enero), p. 361).

5.LA ATREA EDUCATIVA Y SU TERCER ELEMENTO: EL LIBRO. LA PROMOCIÓN DE BIBLIOTECAS Y PUBLICACIONES

El tercer misionero en la tarea redentora de la educación es el libro, según Blanco (1977, p. 102). Por eso, Vasconcelos le dedicó la tercera división

en la nueva SEP. Su afición a los libros databa de su primera educación, pues su madre lo había iniciado en el gusto por la buena lectura. El Ateneo fortaleció la afición por los libros de los grandes pensadores, desconocidos para la mayoría de los jóvenes que no pertenecían a la institución.

Vasconcelos no concebía una educación sin libros. Al mismo tiempo que se afanaba por extender la educación a las masas mediante la alfabetización, se percataba de que era preciso dotarlas de libros para que progresaran por sí mismas en su educación. Obviamente, la forma más práctica de hacerlo era mediante la creación de bibliotecas públicas.

El secretario de Educación tuvo una excelente experiencia en este sentido cuando asistía a la escuela de Eagle Pass, experiencia que se afirmó durante los años de la Revolución y de su destierro en Norteamérica. En esta segunda etapa de su vida, pudo aprovechar los excelentes servicios de la Biblioteca del Congreso de Washington y los de la Biblioteca Pública de Nueva York, que le permitieron ampliar su lectura sobre filosofía iniciada en el Ateneo. Admiraba especialmente las bibliotecas municipales. La selecta biblioteca de San Antonio, Texas, en 1913, le había proporcionado las obras necesarias para investigar sobre Pitágoras (Vasconcelos, 1957, *LT*, p. 786).

Por eso, Vasconcelos se empeñó en dotar a México de bibliotecas públicas. Cuando se hizo cargo de la rectoría de la Universidad, había sólo 72 bibliotecas en la capital con unos 100 volúmenes cada una. Ninguna de esas podía clasificarse como moderna, es decir, una institución con personal entrenado para atender al público y adquirir, clasificar, catalogar y conservar los libros. La biblioteca es una despensa intelectual que debe permanecer abierta hasta altas horas de la noche e incluso los fines de semana, cuando los adultos que trabajan puedan utilizar sus servicios.

Al iniciar Vasconcelos su campaña educativa, las bibliotecas de la nación no solamente eran pocas sino deficientes. La mayor parte del acervo era de teología y sólo un 50% de asuntos de actualidad. Vasconcelos planteó sin ambages su actitud ante la necesidad de las bibliotecas:

No podría subsistir la escuela moderna sin el auxilio de una adecuada biblioteca. La actitud de la cultura contemporánea hace del libro un instrumento cuya importancia no sospechó la antigüedad. En ninguna materia se podría hoy avanzar sin material impreso. Por encima de cambios y reformas de métodos, lo que distingue la escuela moderna de la antigua es el caudal libresco de que hoy dispone (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1562).

Y más adelante dice:

Como complemento y material de cursos, una pequeña biblioteca escolar es imprescindible en cada escuela. Como base de enseñanza general, célula de la difusión de la cultura, no se concibe una comunidad sin biblioteca pública. En todo el mundo la biblioteca es

anexo forzoso y, más bien dicho, porción integrante de una escuela bien dotada. Entre nosotros, la escasez del libro es máxima. Además, por razón cultural de nuestro idioma, en los últimos tiempos se hace necesario leer en francés o inglés para subsanar deficiencias notorias (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1562).

Vasconcelos inició un programa educativo bibliotecario cuando era rector de la Universidad. El Departamento de Bibliotecas de ésta proveyó de libros a los ayuntamientos en el Distrito Federal y en algunos estados, e incluso proporcionó una sala de lectura. Como resultado de la actividad de Vasconcelos, se habían creado (septiembre 1° de 1921) 198 bibliotecas públicas con un total de 20 000 volúmenes.

Con la creación de la SEP, el departamento se expandió y pasó a ser una de las tres principales unidades en la SEP; primero, a cargo de Vicente Lombardo Toledano y luego, de Jaime Torres Bodet, quien se convirtió en la fuerza impulsora de esta división. La SEP se ufanaba (1922) de que cada estado y territorio en la República tenía una biblioteca. Para fines de 1923, el Departamento de Bibliotecas había establecido 1 911 nuevas bibliotecas y distribuido 179 909 volúmenes en todas áreas (*BSEP*, 1923, *I* (No. 4) (septiembre), pp. 278-279 y 307-309; 1923, *I* (No. 3) (enero), p. 313).

Vasconcelos estuvo presente en la distribución de estos libros, uno de sus caros ideales para la reconstrucción de la cultura latinoamericana. Por tanto, cada biblioteca recibía obras de mexicanos y autores españoles que reflejaban la filosofía de la herencia ibérica. Había comedias del siglo de oro, los escritos de Domingo F. Sarmiento (1811-1888), Rafael Alberti (1902-), Sierra y los ateneístas; traducciones de pensadores pasados y presentes del mundo no hispánico; un muestreo impresionante de la tradición filosófica, incluidos Aristóteles (384-322), Henri Bergson (1859-1941), René Descartes (1596-1650); Immanuel Kant (1724-1804) y de escritores célebres como Fedor Dostoyevsky (1821-1881), Maxim Gorki (1868-1936),⁸ Henrik Ibsen (1828-1906), Marco Antonio (121-180), Jean J. Rousseau (1712-1778), William Shakespeare (1546-1616), Herbert Spencer (1820-1903), Voltaire (1694-1778).⁹ Se podía disponer de un acervo de libros de texto y manuales sobre matemáticas, ciencias básicas, agricultura y, además, según los intereses y necesidades individuales, había seis colecciones especializadas: agrícola, pedagógica, industrial, pequeñas industrias e infantil (*El libro y el pueblo*, 1922, *I* (No. 7) (septiembre), pp. 76-77; *BSEP*, 1922, *I* (No. 8) (octubre), p. 102). No podían faltar, junto a los libros, los periódicos y revistas de México y del extranjero, las publicaciones populares y las de alta cultura, según los intereses de los lectores, reportados por las bibliotecas locales al Departamento de Bibliotecas.

⁸ Pseudónimo de Aleksei M. Peshkov.

⁹ François Marie Aruet.

Entre las revistas podían obtenerse: *Current History*, *La Nueva Democracia*, *Bulletin of the Panamerican Union*, *The New York Times* y *Journal of Educational Research*.

Vasconcelos organizó la creación de bibliotecas con atención a tareas en las cuales podría servir al mayor número de personas, especialmente del pueblo. Así, las bibliotecas capitalinas se iniciaron en las zonas más populosas donde había obreros, y en los estados, en las regiones donde aquéllos se encontraban. Las bibliotecas permanecían abiertas por la noche de modo que los adultos que trabajaban y los niños pudiesen aprovechar los servicios bibliotecarios. Para facilitar el uso de los libros a todo mundo, el Departamento de Bibliotecas instituyó un sistema de préstamos a domicilio que permitía al lector tomar prestadas, por dos semanas y mediante un depósito de \$5, las obras de la biblioteca pública.

Los maestros misioneros llevaban frecuentemente lotes de libros o bibliotecas ambulantes, a lomo de mula, a través de las cresterías de las montañas o de la espesura de las selvas, a los campesinos indígenas de áreas remotas.

En tiempo de Vasconcelos se inició asimismo la creación de bibliotecas de niños. La Secretaría de Educación insistió en que cada biblioteca establecida en la ciudad de México y en el Distrito Federal tuviese una sección especial para niños. De esa forma se hacía frente al exagerado materialismo con la oferta de la sabiduría desinteresada de todas partes del mundo. Además, por medio de la fantasía, los niños se verían libres de la tensión producida por los intereses físicos y materiales. Por tanto, la biblioteca infantil de la cual los niños sacaban sus volúmenes contenía los clásicos literarios reconocidos, cuentos y narración de viajes. En la colección de una biblioteca se encontraban *Robinson Crusoe*, *La Cabaña del Tío Tom*, *Iván y el loco* de Lev N. Tolstoi (1828-1910),¹⁰ los cuentos de Hans Christian Andersen (1805-1875), de Charles Perrault (1628-1703) y de los hermanos Jakob y Wilhelm Grimm (1785-1863; 1786-1859). Asimismo, *Ivanhoe*, *Quo Vadis* y una versión de la *Biblia* para niños. Los niños mexicanos podían aprender también de sus antepasados por las leyendas aztecas de Torres Quintero.

La Biblioteca Infantil de la SEP era el modelo de este tipo de bibliotecas. Contenía 2 702 volúmenes, y tenía una asistencia media de 200 lectores. Vasconcelos inauguró, en enero 28 de 1924, además de la Biblioteca Iberoamericana, la Biblioteca de la SEP con 15 000 volúmenes sobre arte, filosofía, literatura, ciencias sociales y naturales y obras en alemán, francés, inglés e italiano. Fue el primer edificio en la historia mexicana construido especialmente para biblioteca. La Biblioteca Miguel de Cervantes tenía 8 000 volúmenes y una capacidad total para 100 000 y podía

¹⁰ Véase la obra de Jaime Torres Bodet. *León Tolstoi. Su vida y su obra*. México: Editorial Porrúa, 1965.

recibir a 180 lectores al mismo tiempo. Vasconcelos, como buen conocedor del ramo, no se contentó con dotar a las bibliotecas de acervos considerables de libros. Insistió, sobre todo, en su función de centros de información, organizados de tal manera que pudiesen proporcionarla rápida y eficazmente. Toda biblioteca, por tanto, debía estar clasificada según el Sistema de Melvil Dewey (1851-1931) y catalogada. Afortunadamente, algunos bibliotecarios mexicanos eran conocedores de dicho sistema y Vasconcelos empleó en las bibliotecas creadas por la SEP, a dos de éstos, Juan B. Iguíniz y Mario Enríquez. Al mismo tiempo, Vasconcelos envió a María Luisa Maldonado a estudiar la organización de la Biblioteca Pública de Nueva York. Aquélla a su regreso a México, en junio de 1923, asumió el puesto de directora de la Biblioteca de la SEP e introdujo el método Dewey de clasificación.

Consciente de que la falta de organización de las bibliotecas era un obstáculo mayor para su buen aprovechamiento, Vasconcelos insistió en que se ofreciesen en el Departamento de Bibliotecas, cursos sobre biblioteconomía, bajo la dirección de Juan B. Iguíniz. Tales estudios duraban 9 meses e incluían cursos sobre bibliografía, biblioteconomía, catalogación y clasificación así como prácticas diarias en la Biblioteca Nacional.

Empezó a exigirse entonces a todos los directores de las bibliotecas públicas y escolares de la capital del Distrito Federal, dependientes de la SEP, tomar estos cursos o perder el empleo. Se requería también del personal de las bibliotecas dependientes de la SEP aprobar un examen de biblioteconomía. Los que fallaban eran reemplazados por individuos que obtenían, una vez aprobado el curso requerido, su constancia correspondiente.

Al mismo tiempo que Vasconcelos intentaba por todos los medios elevar la cultura de la nación, buscaba también proporcionarle material de lectura. El opinaba, a diferencia de los antepasados, que debía exponerse al pueblo a las reflexiones trascendentales de los grandes pensadores del mundo. De esta guisa, se alcanzaría el estadio estético que subrayaba lo espiritual y la hermandad de todos los hombres. El secretario reconocía que un producto secundario del extranjerismo, al cual Latinoamérica era tan adicta, consistía en su dependencia de autores franceses e ingleses. Tan afrancesada estaba Latinoamérica que los universitarios leían a los autores alemanes, ingleses o italianos en traducciones francesas. Había que proporcionarles en su lengua nativa a tales autores.

A fin de preparar en gran número y a precios módicos traducciones españolas, de lo mejor de la literatura mundial, Vasconcelos propuso a Obregón que el Departamento de Bibliotecas tuviese una división de publicaciones. Convencido aquél de la necesidad de una casa editorial, ordenó, en enero 13 de 1921, que los Talleres Gráficos de la Nación, anteriormente dependientes de la Secretaría de Gobernación, pasaran a formar parte del Departamento Universitario. Vasconcelos declaró entonces que la decisión

del presidente había sido uno de los pasos más trascendentales del gobierno para acelerar la educación del pueblo.

Con todo, la demanda de trabajo de los Talleres Gráficos de la Nación era tal, que Vasconcelos se vio precisado a conseguir la aprobación del Congreso para instalar unos talleres gráficos propios del Departamento Editorial de la SEP. Compró equipo norteamericano e inauguró la editorial en abril 14 de 1923. La SEP tenía por fin la suya propia. Vasconcelos inició entonces la edición barata de los clásicos, según lo relata en las siguientes líneas:

En cafés y modestas fondas pasamos horas largas discutiendo los métodos de Lenin¹¹ o las novedades introducidas en educación por Lunacharsky; una de ellas la copié cuando me tocó dirigir la educación en México: la edición de los clásicos que ciertos escritores de renombre local me han criticado, suponiendo que se trata de una medida aristocrática... oyen la palabra clásico y caen en la trampa... no, señores despistados, la idea fue de Gorki y la tomé de Lunacharsky... hay que abaratar los clásicos... hay que darlos a los pobres... no es justo que sean privilegios de ricos (Vasconcelos, 1957, *LT*, p. 1187).

La colección de clásicos quedó en manos de un grupo de jóvenes escritores, cuyo nombre había empezado a sonar en el mundo de la página impresa. El objetivo fundamental era ofrecer, en buenas traducciones al español, a los grandes escritores y, además, a precios módicos. Los autores originales constituían una serie encabezada por Homero hasta los escritores actuales.

Fruto de la íntima persuasión de Vasconcelos ante el escándalo nacional por la edición española de los clásicos fue su comentario: “Lo que necesitaba el país es ponerse a leer la Iliada; voy a repartir 100 000 Homeros en las escuelas nacionales y en las bibliotecas que vamos a instalar” (Vasconcelos, 1957, *ED*, p. 1252). Además de cientos de miles de libros de textos para escuelas primarias y de manuales y libros de texto técnicos, los clásicos se editaron en gran número, pues “es menester desechar el temor a los nombres que no se comprenden bien: la palabra clásico causa alarma, sin embargo, lo clásico es lo que debe servir de modelo, de tipo, lo mejor de una época. Lo que hoy llamamos genial será clásico mañana” (*Lecturas clásicas para niños* [1924-1925], 1971, *I*, p. xii).

Los editores de libros echaron en cara a Vasconcelos que el Estado, al editar libros, arruinaba a la industria privada mediante una competencia desleal (*Lecturas clásicas...* 1971, p. xii). Aquél les contestó que buscaba en sus ediciones crear hábitos de lectura, con lo cual los editores serían los primeros beneficiados. Otros le objetaron publicar tantos libros en un país analfabeto, y respondió que precisamente para alfabetizar hay que

¹¹ Vladimir Ilyich Ulyanov (1870-1924).

imprimir libros y construir escuelas. Por otra parte, no se trataba de alfabetizar para volver más estúpida a la gente, sino para mejorarla. Saber leer cosas tontas era peor que no saber leer en absoluto. Y así fueron apareciendo las obras de Aristóteles, Honorato de Balzac (1799-1850), Calderón (1600-1681), Antonio Caso (1883-1946), *El Quijote* de Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), Descartes, Salvador Díaz Mirón (1853-1928), Charles Dickens (1812-1870), las *Tragedias* de Esquilo (525-456), Sófocles (496-406) y Eurípides (480-406), el *Fausto* de Johann Wolfgang Goethe (1749-1832), Enrique González Martínez (1871-1952), *La Iliada y La Odisea* de Homero, los dramas de Ibsen; Kant, Lope de Vega (1562-1635), Marco Aurelio, Michel de Montaigne (1533-1592), Amado Nervo (1870-1919), Manuel J. Othón (1858-1906), Blas Pascal (1623-1662), Benito Pérez Galdós (1843-1920), los *Diálogos* de Platón (428-347), las *Enéadas* de Plotino (205-270), las *Vidas Paralelas* de Plutarco (50-125), Guillermo Prieto (1818-1897), Emilio Rabasa (1856-1930), Ignacio Ramírez (1818-1879), Romain Rolland (1866-1944), Rousseau, Juan Ruiz de Alarcón (1581-1639), San Agustín (354-430), Shakespeare, Bernard Shaw (1856-1950), Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), Tolstoi, Luis G. Urbina (1868-1934), etcétera.¹² Como si toda esta colección fuera poco, se publicaron manuales de legislación, psicología, sociología, economía, historia del arte, geografía, sindicalismo, agricultura, pedagogía, ciencia industrial, antología de prosa y poesía mexicanas, españolas y latinoamericanas, historia de México, etcétera. En total, el plan original incluía 124 títulos en cinco colecciones: clásicos, biblioteca agrícola, pedagogía, industrial y biblioteca de consulta para agricultores e industriales. Otras publicaciones de la Secretaría fueron la revista bibliográfica *El Libro, El Pueblo* (1922) y el *Boletín de la Secretaría de Educación Pública* (1922).

En palabras de Vasconcelos (1958, *IN*, p. 1254), fue “la primera inundación de libros que conoce nuestra historia”.

La venta pública de estas obras a bajísimo precio tenía como misión principal formar las bibliotecas que empezaban a abrirse.

La mejor de todas las publicaciones de Vasconcelos fue la Revista *El Maestro* (1921-1923), planeada como un pequeño manual de cultura general con secciones de información nacional e internacional; historia universal; literatura; sección de niños; conocimientos prácticos; poesía y temas diversos. Por ambos lados de la contratapa aparecían pequeñas leyendas como: “Revista gratuita para lectores de marcada pobreza y para el resto a \$5.00 oro”, “Cultura es creación de hábitos de acción”; “No cuestionamos en *El Maestro* ningún punto de los que dividen a la familia mexicana y no ventilamos ningún punto de orden moral sino meros tópicos de categórica

¹² Es interesante mencionar aquí el proyecto de Robert Maynard Hutchins (1899-1977), editor (1952) de la colección: *The Great Books of the Western World*. El intento es el mismo que el de Vasconcelos: educar mediante los grandes pensadores de la humanidad.

utilidad" (1,3); "A sus hijos, a sus alumnos o a sus amigos dígales siempre que deben aspirar a dos cosas: la honradez y el trabajo. Lo demás les será dado por añadidura" (I,1), etcétera.

El Maestro traduce o reproduce textos de Gorki, José M. de Heredia (1842-195?), José Martí (1853-1895), José Ingenieros (1877-1925), Giovanni Papini (1881-1956), Rousseau, Miguel de Unamuno (1869-1936), Virgilio (70-19) y otros. Con un tiraje de 75 000 ejemplares estaba pensada en términos de una revista total, útil tanto para el público culto como para los alumnos de las escuelas e incluso como revista familiar.

El Maestro agrupó a casi todos los escritores importantes y jóvenes del México de aquella época: Alfonso Cravioto, Ezequiel A. Chávez, Manuel Gómez Morín, Enrique González Martínez, José Gorostiza, (1901-1973), Agustín Loera, Ramón López Velarde (1888-1921). Carlos Pereira, Salomón de la Selva, José Juan Tablada, Jaime Torres Bodet, Julio Torri y otros. Además, la revista se dedicó sistemáticamente a promover la literatura mexicana e inició la revaloración oficial de Sor Juan Inés de la Cruz.

Era natural que un educador no olvidara a los niños. Vasconcelos sugirió a los maestros que, en vez de libros graduados de lectura, del segundo o cuarto años, usaran a los clásicos. Como los maestros no atendieron a las recomendaciones de Vasconcelos por considerar a los clásicos demasiado avanzados para estudiantes de primaria y, además, por carecer de suficiente número de ejemplares, aquél se lanzó a editar *Las lecturas clásicas para niños*, obra en dos volúmenes, con traducciones simplificadas de los escritos de los grandes autores, para uso de los estudiantes de primaria, a quienes se trataba de ofrecer una visión mundial de la literatura (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1563).

La obra contenía leyendas hindúes, *Las mil y una noches*, mitología griega, *La Ilíada* y *La Odisea*, pasajes bíblicos, *El Cid*, el *Quijote*, leyendas medievales francesas y alemanas; la vida de San Francisco de Asís; el rey Lear y la Tempestad, cuentos de hadas, leyendas prehispánicas, crónicas del descubrimiento y la conquista de América, vidas de los caudillos de la Independencia; tres autores modernos: Marcel Schwob (1867-1905), Rabindranath Tagore (1861-1941) y Oscar Wilde (1854-1900).

Las lecturas clásicas para niños es una obra eficaz, que no trata de ser una mera recopilación sino una verdadera edición, a cargo de un equipo de redactores y adaptadores tales como: José Gorostiza, Palma Guillén, Francisco Monterde (1894-1985), Gabriela Mistral, Salvador Novo (1904-1979), Bernardo Ortiz de Montellano, Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet y Xavier Villaurrutia (1903-1950). Las ilustraciones estuvieron a cargo de Roberto Montenegro y Fernández Ledesma. El objetivo de la obra era reescribir, en forma de relatos sencillos, ciertas leyendas célebres y enmarcar dentro de una prosa sin pretensiones, algunos fragmentos inmortales de la imaginación universal (Torres Bodet, 1961, p. 286). Otra obra excepcional aparecida en 1924 fue: *Lecturas clásicas para mujeres*

preparada por Gabriela Mistral. El libro había sido pensado por Vasconcelos para servir de libro de lectura a las mujeres y, además, de texto escolar. La nueva época del país exigía un cambio en el lugar y las funciones sociales de la mujer, anteriormente, la silenciosa y abnegada esposa del campesino miserable y la callada y desprendida soldadera. En el México de aquella época había una inmensa mayoría de mujeres que había asistido a la campaña de alfabetización. Vasconcelos pensó en el magisterio como el oficio más digno, útil y posible para ellas. El libro tuvo éxito lo mismo como antología literaria que como manual de reflexión. Se divide en cinco grandes secciones: el hogar, México y Latinoamérica, el trabajo, la educación del espíritu y la educación de la sensibilidad. La visión pedagógica de la autora es semejante a la de Vasconcelos: el maestro debía ser un artista, había que acabar con la escuela “Madrastra”; la educación era una imitación de lo clásico y lo grandioso: “no educa nunca lo inferior” (Mistral, [1924], 1967, p. xv).

Por desgracia, la misión personal de la mujer era un feminismo que debía liberar a las mujeres más de las sufragistas de entonces que de la opresión tradicional. La “mujer nueva” europea y norteamericana le parecía a Gabriela Mistral un “triste trueque de firmes diamantes por piedrecitas pintadas” y convocaba a las mujeres a fortalecer, sobre todo, aunque sin perder su individualidad, el espíritu de familia. Decía: “Para mí la forma del patriotismo femenino es la maternidad perfecta” (Mistral, [1924], 1967, pp. xvi-xviii). Las partes importantes de lecturas clásicas para mujeres son las dos últimas: la educación del espíritu y la educación de la sensibilidad. La calidad de los textos se eleva y se aligera la tendencia, común en la época, de hablar a las mujeres como a menores de edad. Se trata de una sucesión de estampas sobre sentimientos y sensaciones. Además de los autores señalados a propósito de *El Maestro*, Gabriela Mistral difunde, entre otros, a John Ruskin (1819-1900): Azorín (1873-1967),¹³ Eduardo Barrios, Thomas Carlyle (1795-1881), José Santos Chocano (1875-1934), Leopoldo Lugones, Antonio Machado (1875-1939), José Martí, Gabriel Miró (1879-1930), Blas Pascal, José Enrique Rodó... e incluye toda la plana mayor de los escritores mexicanos de la época.

Dice Blanco (1977, p. 114):

A pesar de toda esta visión sentimentalista de la mujer hogareña, el mito de la mujer como maestro o “madre del pueblo” tuvo éxito. Con la madre, la novia y la prostituta, la maestra —nacida entonces— integrará la mitología femenina del México Posrevolucionario.

¹³ Pseudónimo de José Martínez Ruiz.

6. LA EDUCACIÓN FÍSICA

Vasconcelos no escogió el tipo de educación física propio de Norteamérica e Inglaterra. Más bien prefería al atleta griego como modelo, porque este último cabía dentro de su concepción física de la educación como un arte:

Desde la cultura física y el deporte, y aun antes de que se llegue al baile, logra la actividad del cuerpo satisfacciones que no se explican por afán de salud, o de equilibrio natural sino por goce de la trasfiguración que se opera en el arte (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1559).

Y recuerda:

Cuando el atleta griego salía victorioso de la Olimpiada, en seguida, coronado de laurel lo mismo que un poeta, se dirigía al corro de sus amigos para hablar de su hazaña, o se iba al taller del escultor para servirle de modelo en la talla de sus estatuas (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1669).

El entrenamiento físico, concebido en un sentido estético, atiende al mismo tiempo al hombre físico y al espiritual.

Vasconcelos opinó que la verdadera educación física subraya la trascendencia. El concepto de educación física de los antiguos no sobrepasaba la concentración del cuerpo.

Apenas Diana deja de perseguir al siervo, las caderas se le ensanchan, y surge Afrodita, Diosa de una sensualidad que insensiblemente se sale de los cuadros del arte para volver a la fisiología (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1670).

Al ser nombrado rector Vasconcelos, la educación física en México era deficiente o de plano ausente. Angel Vallarino, un médico, nombrado por Vasconcelos jefe de la Dirección de Cultura Física para las escuelas que dependían de la Universidad, informa en sus reportes (*BU*, 1921, Epoca IV, 3 (No. 6), p. 81), que la educación física se hallaba en un estado deplorable. Los cursos frecuentemente no se exigían y, donde se ofrecían, obtenían una asistencia muy pequeña. Los ejercicios se ejecutaban sin tomar en cuenta la aptitud física de los alumnos o sus limitaciones. Se había introducido una gimnasia “de supuesto estilo sueco, pero desmayada y dirigida a gritos por un profesor que no juzgaba necesario quitarse el fístol de la corbata” (Vasconcelos, 1958, *DRO*, p. 1665).

Consecuentemente con el fin que se había propuesto promover la educación física en México Vasconcelos inició la construcción de edificios para intensificar la educación física, proporcionar el entrenamiento a los maestros especiales y subrayar el aspecto estético de la misma.

En pos de este objetivo, se encontró con el mismo problema que había

descubierto en las otras artes: la falta de profesores especializados. Las clases eran impartidas por los profesores ordinarios de primaria. Vasconcelos estableció inmediatamente, en la primera semana de febrero de 1923, la escuela elemental de educación física, dedicada exclusivamente a preparar a los instructores para este tipo de educación.

Hacia el fin de su primer año de vida, bajo la dirección de José Escobar, la escuela elemental de educación física tenía inscritos a 255 estudiantes. El currículo constaba de cursos tanto prácticos como teóricos; estos últimos se tenían en el salón de actos de la Escuela Normal de Maestros, y las clases prácticas en el gimnasio de la misma institución (*Excélsior*, febrero 12 de 1923). Además, la instrucción ofrecía, el último sábado de cada mes, entrenamiento físico para los maestros regulares de primaria. A pesar de que se había incrementado el número de maestros de educación física en la SEP, de 83 en 1922, a 147 hacia el fin de 1923, se necesitaba todavía un número mucho más grande para ofrecer educación física en todas las escuelas de la capital y del Distrito Federal (*BSEP*, 1923, 1 (No. 4) (septiembre), p. 443). La situación de los estados corría pareja con la magnitud del problema en el Distrito Federal. Hacia julio de 1923, la única actividad de la Dirección General de Educación Física en los estados era enviar cinco representantes a 7 entidades federales con el objeto de explotar la expansión de la educación física (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), p. 463).

El tipo de educación física que se ofrecía en las escuelas primarias consistía en gimnasia calisténica, gimnasia rítmica y deportes con énfasis en la natación (*BSEP*, 1922, 1 (No. 2) (septiembre), p. 200; 1923, 2, (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), p. 462). Era evidente el énfasis en el aspecto estético del entrenamiento físico en el currículo. La gimnasia rítmica, acompañada por música, era un elemento esencial en los programas de las niñas; las muchachas en ocasiones efectuaban su entrenamiento ejecutando ejercicios con bastones al son de la música en los festivales al aire libre o en los ejercicios de gimnasia (*Excélsior*, abril 5 de 1924).

Otro tipo frecuente de ejercicios gimnásticos era la formación de pirámides humanas, mientras otros estudiantes ejecutaban figuras y marchas (*BSEP*, 1922, 1 (No. 2) (septiembre), p. 219).

La Dirección General de Educación Física promovió la competencia interescolar en juegos de pelota: básquetbol, vólibol, natación y carreras entre las escuelas secundarias, y patrocinó, asimismo, campeonatos nacionales de natación y de pista y campo. Para este propósito, se rentó el Centro Unión, pues no había campo de juego para las competencias al aire libre.

En mayo de 1923, 15 000 niños de primaria superior usaron este campo para practicar distintos deportes y celebrar exhibiciones gimnásticas (*Excélsior*, noviembre 11 de 1922).

El influjo de la campaña de Vasconcelos en pro de la educación física contrastaba grandemente con el casi abandono en que aquélla había quedado hasta entonces. Se había implantado en las escuelas un programa diversificado de entrenamiento físico y de deportes; los deportes escolares habían recibido una gran atención, y nuevos gimnasios, estadios y albercas se construían a toda prisa. Las niñas empezaron a gustar de los deportes de los cuales habían estado anteriormente proscritas. En adición a la gimnasia rítmica, las alumnas participaban en juegos de pista y campo, natación y gimnasia calisténica en las clases y en la competencia interescolar.

Un periódico comentaba que la participación de las niñas en el campeonato nacional de natación mostraba que en nuestro medio tendía a desaparecer el tonto prejuicio que durante muchos años había impedido a las mujeres participar en competencias que solamente podían beneficiarlas a ellas y a las futuras generaciones (*El Universal*, agosto 6 de 1923).

Y *Excelsior* (julio 23 de 1923) aseguraba que la cooperación de José F. Peralta con Vasconcelos había logrado elevar la educación física a un nivel en el cual se encontraba en la mayor parte de los países del mundo. Tal vez la alabanza sea un poco exagerada; pero de cualquier modo, es preciso subrayar que la educación física gozaba entonces de una primacía hasta entonces desconocida en el sistema educativo mexicano.

Vasconcelos no se contentó con los logros en los ejercicios físicos. Su esfuerzo en este campo culminó en la edificación del Estadio Nacional, una estructura masiva con capacidad para 60 000 espectadores. Desde el inicio de su función educativa, Vasconcelos había comprobado la necesidad de un sitio amplio para los festivales libres. Ya desde 1921 había notado, en un informe de la Universidad, que una de las principales dificultades para mejorar los cuadros de gimnasia era la estrechez de los locales.

La tribuna monumental de Chapultepec, construida en tiempo de Porfirio Díaz, tenía sitio sólo para 4 000 personas. Por tanto, Vasconcelos concluyó que una de las primeras obras indispensables en la ciudad era construir un estadio dependiente de la Universidad con cupo para 20 000 personas al menos (*BU*, 1921, *Epoca IV*, 3 (No. 6), p. 236).

Vasconcelos anunció en febrero 17 de 1922 que se construiría un estadio en un predio situado cerca del Panteón de la Piedad. “Por el horror a las tumbas y el poco precio del terreno en la región, un vasto lote había escapado a la codicia de los explotadores de los bienes nacionales” (Vasconcelos, 1957, *ED*, p. 1452; *BU*, 1920, *Epoca IV*, 1 (No. 1), pp. 242-245).

El estadio reflejó la teoría vasconceliana de las Bellas Artes, en cuanto era una estructura al aire libre que servía tanto de teatro como de campo de juego. Vasconcelos ordenó que se construyese la estructura en la forma de un coso, terminado en uno de los extremos por un proscenio. Cualquier espectador podría contemplar y oír en el estadio toda clase de representaciones (*BU*, 1920, *Epoca IV*, 1 (No. 1), p. 243; Vasconcelos, 1957, *ED*, p. 1455).

El decorado del estadio reflejaba también la filosofía de Vasconcelos, como lo expresa la siguiente cita:

Por frente del grandioso edificio nuevo se enarboló el día de su inauguración una bandera de fondo blanco y en el centro un escudo estilo azteca de rojos y gualdas y negros y la leyenda: *Alegre, fuerte, sana; Esplende, raza* [subrayado en el original] Un México nuevo comenzaba a surgir (Vasconcelos, 1958, *IN*, p. 1269).

En cada lado de la fachada, aparecían las figuras de la Voluntad y la Vivencia [sic], las dos cualidades fundamentales de la naturaleza humana, diseñadas por Diego Rivera (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), p. 53). El escudo, el lema y las figuras eran símbolos de la invitación de Vasconcelos a los mexicanos para entrenar sus cuerpos y educar sus almas con el objeto de construir una cultura en la cual predominara lo trascendente (Partin, 1973, p. 260).

Vasconcelos, decidido ya a abandonar el régimen de Obregón a causa del asesinato de Field Jurado, se apresuró a inaugurar el edificio en mayo 5 de 1924, dos meses escasos antes de su salida de la SEP. Una multitud de más de 60 000 espectadores llenaba el estadio para presenciar la ceremonia y, en el palco de honor, se encontraban el presidente Obregón, Vasconcelos, los demás miembros del gabinete y el cuerpo diplomático. El programa reflejaba claramente el énfasis de Vasconcelos en las bellas artes y el entrenamiento físico, a medida que los estudiantes de los planteles oficiales ejecutaban danzas y gimnasia rítmica y entonaban bellas canciones.

Un desfile de atletas, hombres y mujeres, jóvenes ágiles consumaron ejercicios acompañados de música. Luego, un coro de 12 000 niños cantó desde uno de los brazos de la enorme gradería. Un grupo de 1 000 parejas en traje nacional bailó en la arena un Jarabe. Otros grupos bailaron danzas españolas, lo único admitido en la ceremonia, lo español y lo mexicano... Obregón, deslumbrado por lo que veía, tuvo un movimiento de arrepentimiento y sinceridad que, a pesar de todo le agradecí: “¡Lástima, licenciado que esta labor se interrumpa...; imagínese lo que esto sería con cuatro años más de dedicación. Si usted quisiera seguir...!” (Vasconcelos, 1957, *ED*, pp. 1455-1456).

Los periódicos en coro alabaron el espectáculo y comentaron que nunca en la historia de México se había organizado otro tan hermoso y grandioso (*Excélsior*, mayo 6 de 1924; *El Universal*, mayo 6 de 1924). Con toda justicia Vasconcelos consideraba la ceremonia como la coronación de su gestión al frente de la Secretaría. En el primer gobierno estable después de la Revolución el país había sido capaz de edificar una estructura de la cual las naciones más avanzadas estarían orgullosas. Se había construido con manos mexicanas, dirección mexicana y mexicanos la habían decorado.

Los maestros habían contribuido con un día de sueldo para financiar la construcción del estadio. Era pues, el testimonio que Vasconcelos dejaba como símbolo permanente de su grandioso esfuerzo para lograr la expresión artística y la educación pública en el México posrevolucionario.